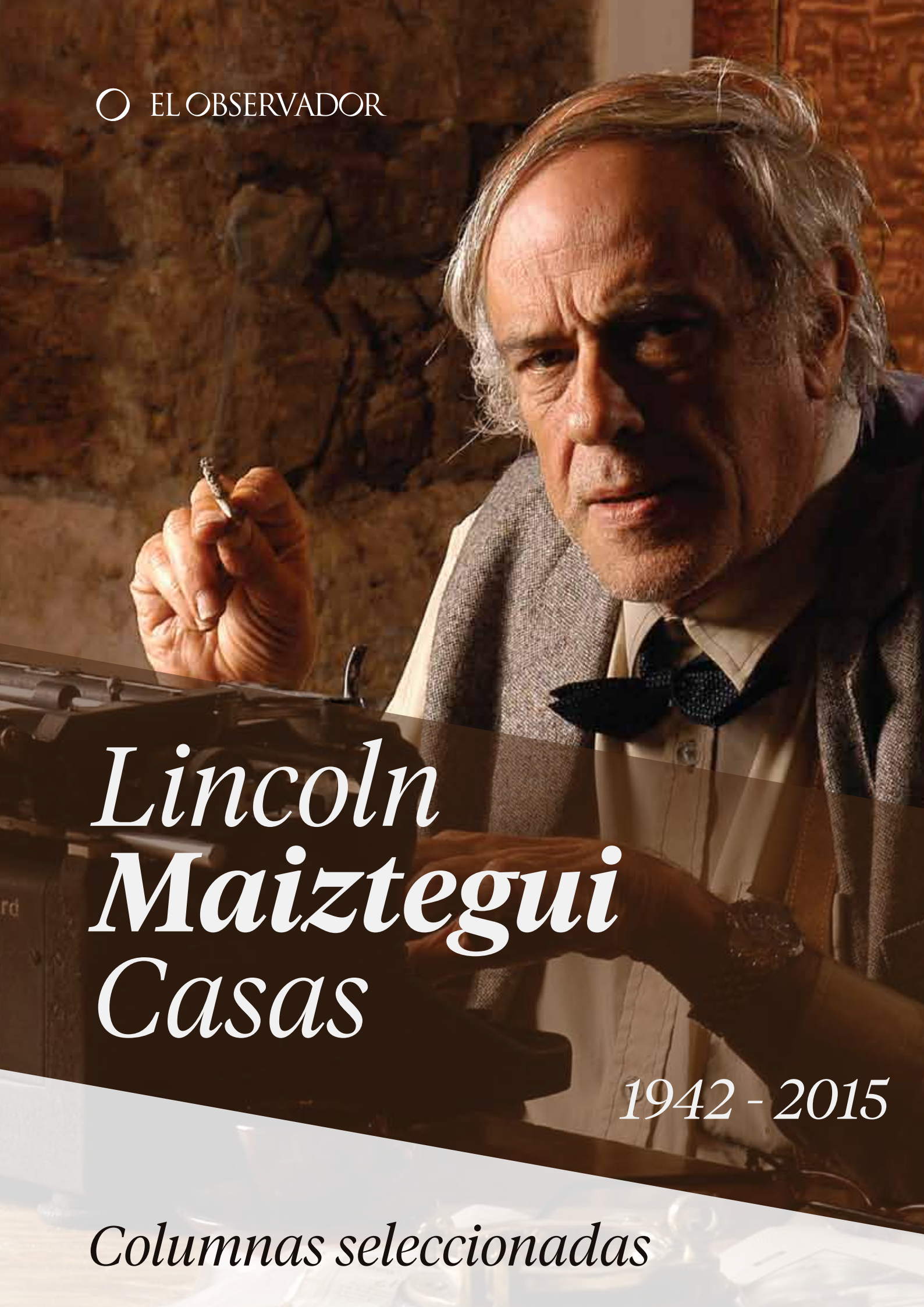


A portrait of Lincoln Maiztegui Casas, an elderly man with grey hair, wearing a grey suit jacket, a light-colored shirt, and a dark bow tie. He is holding a cigarette in his right hand and looking down at a typewriter. The background is a textured, brown wall.

○ EL OBSERVADOR

Lincoln Maiztegui Casas

1942 - 2015

Columnas seleccionadas

LUIS SUÁREZ
FUTBOLISTA

UN CACHETAZO QUE VIENE DEL FONDO DE LA HISTORIA

El Barcelona ganó la final de la Champions League con el aporte decisivo del notable jugador uruguayo

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

Mirando el partido final de la Copa de Europa, en el que el Barcelona derrotó a la Juventus, de Torino, y después de ver el desastre de Nacional (y de Peñarol) en sus respectivos partidos del Clausura (derrota de los albos y empate de atrás de Racing contra los aurinegros después de ir perdiendo por 2-0), no podía dejar de preguntarme si estaba contemplando el mismo deporte. En el partido europeo era posible ver jugadas hilvanadas, pases precisos y regates ejemplares; en los de los equipos grandes uruguayos solo se podían ver pelotazos a ninguna parte, desorden colectivo y una competencia primaria que producía la impresión de dos equipos "amateurs". ¿Cómo es que hemos quedado tan atrás respecto al fútbol europeo, cuando hace notanto tiempo estábamos a su altura, por decir lo menos, y más de medio siglo atrás salíamos campeones del mundo? Hay diversas razones que pueden explicar la actual diferencia de nivel, pero ninguna resulta totalmente convincente. Claro, en el Barcelona, o en el Torino, o en el equipo europeo que a uno se le ocurra, militan los mejores jugadores del mundo, por cierto muy bien pagados. Las diferencias económicas



N. FERNÁNDEZ

pesan, y mucho, en estas competencias. Pero es que hace unos años esas distancias ya eran abismales y, sin embargo, los equipos uruguayos (y me atrevería a decir sudamericanos en general) obtenían resultados mucho más dignos. Nos hemos quedado atrás, muy atrás, y no hay más que ver los partidos por televisión para comprobarlo. Ya he escrito sobre este tema, que tiene relación con la mentalidad mediocre que nos ha ganado colectivamente. Hoy quiero referirme a la victoria del Barcelona, justa y obtenida en una lucha titánica, pero regida por la racionalidad. Atrás quedaron para siempre los mitos de la "garra charrúa", que nunca fue otra cosa que un invento que sirvió para darnos en el mundo fama de golpeadores y malos deportistas. En el seno de esa victoria, quiero ocuparme de la gran actuación de nuestro compatriota Luis Suárez, que se codea desde hace varios años con lo más granado del balompié mundial y al que Nacional dejó ir por cuatro vintenes. Cuando pasó al Barcelona, muchos pensaron que le sería excesivo jugar junto a Messi, Iniesta y otros cracks. Y, efectivamente, pasó por algunos momentos de bajón e irregularidad. Pero, en la final, el partido en el que las papas quemaron, sacó a relucir su formidable capacidad técnica y anímica, hizo uno de los goles que dieron el triunfo a su equipo (creo que fue el segundo o tercer futbolista uruguayo, en toda la historia, que anota en la definición de una copa de Europa) y pesó decisivamente en el

resultado definitivo. Suárez es un gran jugador, quién lo duda, pero no es un marciano ni cayó de otra galaxia. ¿Por qué, entonces, no es posible que surjan entre nuestros esmirriados 3 millones de personas, futbolistas de su talla? Aquí hay algo muy grave que está sucediendo, y que tiene que ver con la preparación técnica y física de los protagonistas. Solo así puede explicarse que hayamos retrocedido tanto. Luis Suárez es un ejemplo clarísimo de lo que podríamos lograr (como ya logramos en tiempos lejanos) si se hicieran las cosas mejor, mucho mejor, de lo que se hacen. En definitiva, el Barcelona ganó el campeonato de Europa con la aportación decisiva de un uruguayo, y eso debería hacernos pensar a todos. No todo es dinero ni potencialidades económicas en este deporte; amén de esa circunstancia, que por el momento no se ven caminos de eliminar, el ejemplo de Suárez, convertido en una de las estrellas del que probablemente es el mejor equipo del mundo, es algo así como una cachetada en pleno rostro que nos fuerza a mirar hacia atrás y llorar lo que un día fuimos. Ojalá que eso sirva para despabilarnos de una vez y realizar lo necesario de manera que en este país volvamos a jugar al fútbol. Porque lo que se hace ahora en nuestras canchas es otra cosa, otra actividad que cada día tiene menos que ver con lo que se disputa en el mundo. Imposible no es; las glorias de nuestro pasado, desde el fondo profundo de nuestra historia, están exigiendo que lo hagamos de una vez. ●



LA TRIFULCA DEL CLÁSICO
Y SUS CONSECUENCIAS

¿Y EL CULPABLE PRINCIPAL?

Cuando un partido de fútbol degenera
en una batalla campal, la culpa incluye
al encargado de dirigirlo

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com



ninofernandez
NINO FERNÁNDEZ

Voy a comenzar por repetir lo que ha dicho y escrito casi todo el mundo en estos días: el entrevero que se produjo en el clásico del pasado lunes fue bochornoso, y quienes lo protagonizaron se merecen una severa sanción. Es cierto lo que señaló alguien por ahí: un jugador de fútbol no es, ni probablemente aspira a ser, espejo ni modelo de nadie. Pero ello no impide que, al protagonizar un espectáculo público y asumir, consciente o inconscientemente, el carácter de ídolo de la juventud, se convierta en tal. Por lo tanto, hacer que un partido de fútbol derive en una cacofónica sinfonía de patadas y piñazos es un hecho que no puede ni debe tolerarse. Algunos de los más notorios responsables de esos incidentes tuvieron que declarar ante la Justicia civil, y fueron procesados sin prisión, con el agravante de no poder asistir a espectáculos deportivos durante dos meses.

Es una medida falsamente equidistante, que iguala a los que iniciaron la pelea (como Núñez o Estoyanoff, que pegó una patada y corrió a esconderse entre sus compañeros; corajudo, el hombre) con aquellos que, al verse agredidos, se limitaron a defenderse. La cosa no deja de tener sus bemoles: el mismo sistema judicial que muestra mano blanda contra los delincuentes, extrema la severidad ante una piñata deportiva de las que hay miles en todo el mundo. Pero en fin, algo había que hacer, y se

hizo. Y, sin embargo, me pregunto a estas alturas si todos los que, por acción u omisión, permitieron el desaguisado han recibido, o van previsiblemente a recibir, el correspondiente correctivo. Y mi respuesta es un no rotundo.

Creo, con toda claridad, y así lo manifiesto públicamente, que uno de los principales culpables de que el espectáculo degenerara de la forma en que lo hizo fue el árbitro, nuestro viejo conocido Martín Vázquez. Sí, lector algo distraído, el mismo Martín Vázquez que el 12 de junio del 2005 expulsó al golero de Nacional Sebastián Viera por el pecado de festejar un gol y de haber sido provocado por un suplente de Peñarol, que también resultó expulsado. Un árbitro de fútbol se puede equivocar como cualquier ser humano, pero cuando los “errores” son siempre para el mismo lado, hay derecho a sospechar.

Los incidentes del lunes se originaron, a mi entender, cuando, al inicio mismo del partido, el volante tricolor Ignacio González fue víctima de un penal escandaloso –literalmente escandaloso: remito al lector escéptico a las imágenes de Youtube– que Vázquez ignoró pese a hallarse a pocos centímetros de la jugada.

Ahí se pudo el ambiente y comenzó a cocinarse la debacle del espectáculo. Pese a ello, y al armarse la trifulca, el árbitro incluyó, entre los expulsados, al propio Nacho González, uno de los jugadores más correctos y caballerosos del deporte nacional.

En fin, que cuando un partido de fútbol degenera en una batalla campal digna de un espectáculo callejero, la culpa, mayor o menor, directa o indirecta, siempre incluye al encargado de dirigirlo.

Y este señor Martín Vázquez no solo sale indemne del problema que contribuyó a crear, sino que es consultado por las autoridades de la Justicia ordinaria sobre las responsabilidades que les caben a los futbolistas, lo que sería risible si no fuera indignante.

Con árbitros como Martín Vázquez no es de extrañar que el referato uruguayo, hasta no hace demasiado tiempo internacionalmente prestigioso, se haya quedado fuera del Campeonato del Mundo que se disputará en Brasil este año.

Ya es hora de que las autoridades del fútbol nacional adopten medidas contra este señor, del cual lo menos malo que se puede decir es que es un incompetente (cualquier otro juicio sería peor, y me abstendré de formularlo aquí, pero el lector se lo podrá imaginar). Y esa medida no puede ser otra que la de erradicarlo para siempre de los espectáculos deportivos nacionales; hay antecedentes al respecto. Si no se procede así, es seguro que dentro de un tiempo mayor o menor se producirá otro incidente que terminará por degenerar en una pelea colectiva; y el árbitro de ese partido –qué casualidad– será el señor Martín Vázquez. Me juego la cabeza, y no la pierdo, a que será así. ●



LA GOLEADA DE ALEMANIA A BRASIL

LA MAYOR HUMILLACIÓN

A pesar de la estrepitosa caída de la selección nortea, el golpe que más les seguirá doliendo en el alma es el que sufrieron el 16 de julio de 1950

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

linmaica@hotmail.com

El fútbol no solo provoca pasión, como es bien conocido: también sorpresas, y a veces gigantescas. El partido de semifinales del Campeonato del Mundo 2014 entre Alemania y el anfitrión, Brasil, está destinado a convertirse en una de las mayores de todos los tiempos. En principio, hubo muchos que pensaron que Brasil tenía que salir campeón sí o sí; que si había afrontado el desafío de organizar otro campeonato ecuménico, después de la histórica frustración de 1950, era para ganarlo. Sin embargo, una vez más las teorías conspirativas exhibieron su superficialidad, y los juegos de las series demostraron que, más allá de algún arbitraje discutible o polémico, los que se llevaban los puntos y seguían en carrera eran los que jugaban mejor. Brasil, que como es bien sabido resulta la principal potencia futbolística del universo, llegó legítimamente a las semifinales, pero su juego estaba lejos de resultar convincente. Por lo tanto, cuando se supo que debía eliminarse con Alemania, y que la cosa iba en serio, fue difundándose entre los aficionados de todo el planeta la idea de que los europeos partían como favoritos. Máxime que el equipo que dirige Scolari no podía contar con su principal estrella, Neymar, que había causado baja por lesión.

Por todas estas razones, si los alemanes se hubieran impuesto por uno o incluso dos goles de diferencia, todo hubiera sido considerado como un elemento más de la competición. Se dio el caso, sin embargo, de que los teutones ganaron por un impactante 7-1, y consiguieron de esa forma dejar a todos con la boca abierta. Por momentos, parecía que quienes estaban jugando, ante la mirada del mundo entero, eran un seleccionado de élite mundial contra un equipo de estudiantes aficionados. De esta forma, la goleada final pasó a formar parte de la historia más curiosa de los campeonatos del mundo de fútbol. Por supuesto, nadie le había metido a todo un Brasil semejante tanteador, en ningún torneo de selecciones. La crónica recoge otras goleadas, superiores incluso a la que hoy comentamos, pero en todos los casos, en partidos que enfrentaban a una gran potencia contra equipos notoriamente inferiores. Algunas de ellas fueron: 8-0 de Suecia a Cuba en 1938, 8-0 Uruguay a Bolivia en 1950, Uruguay 7-0 a Escocia en 1954,

9-0 Hungría a Corea del Sur en el mismo campeonato de Suiza 1954, Hungría 10-1 a El Salvador en España 1982, y un etcétera no demasiado corto. Pero esta es la primera vez que una selección célebre por la calidad de su fútbol recibe un correctivo tan escandaloso, máxime jugando en su propio país. Así es el fútbol; a veces (afortunadamente, no con demasiada frecuencia) hay partidos que se desarrollan de forma atípica y dan lugar a estas sorpresas, que quedan patentizadas en la historia. Sin embargo, voy a atreverme a sostener una tesis que, seguramente, vencerá a muy pocos: la humillación más dolorosa e inolvidable que sufrió el fútbol brasileño a lo largo de toda su laureada historia sigue siendo la que le infligió Uruguay en Maracanã el 16 de julio de 1950. ¿Cómo? ¿Ese partido no terminó con un discreto 2-1? ¿Con qué argumento se afirma entonces que esa derrota dolió más al perdedor que la que estamos analizando en este momento? Pues precisamente por ello; porque el

triunfo de Uruguay, logrado no en una eliminatoria sino en un partido que formaba parte de una liguilla en la que Brasil llevaba un punto de ventaja (por lo que le bastaba un empate para proclamarse campeón), y por una diferencia de goles escuálida, confiere a ese juego un carácter hazañoso que no tiene el 7-1 logrado por Alemania. Este último es un accidente, algo equiparable a un alud que enterró al equipo derrotado, algo que, seguramente, no se repetirá jamás y en el que jugaron factores aleatorios; el otro, el de los goles de Schiaffino y Ghiggia, fue una victoria todo lo inesperada que se quiera o se pretenda, pero, en definitiva, un hecho estrictamente deportivo. Pasarán los años, y los brasileños, que seguramente volverán tarde o temprano a ser campeones del mundo, evocarán la goleada que recibieron en el 2014 como una mera curiosidad; Maracanã 1950, en cambio, les seguirá doliendo en el alma por los siglos de los siglos. Esperen –los más jóvenes– y podrán comprobarlo. ●



NINO FERNÁNDEZ

● TEMIDO POR MUCHOS POR SU PRESUNTO RADICALISMO REVOLUCIONARIO; ANATEMATIZADO POR ALGUNOS POR HABERSE MODERADO EN DEMASÍA; EL HOMBRE QUE ENCARNA LA ESPERANZA DE AMPLIOS SECTORES DE LA SOCIEDAD URUGUAYA: ¿CUÁL ES EL VERDADERO MUJICA?

El Proteo criollo

POR LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

NINO FERNÁNDEZ

Ha sido esta una semana intensa para el candidato presidencial del Frente Amplio, el actual senador José Mujica Cordano. No es novedad que los "media" se hayan saturado con su imagen y su palabra, pero en este caso semejante abundancia estuvo justificada. Debíó cerrar la fórmula con el contador Danilo Astori (luego de una ardua negociación en la que, al parecer, Mujica impuso sus condiciones, que no eran otras que pedir que su ahora candidato a la Vicepresidencia se bajase de las propias), responder a los primeros ataques de la oposición (lo que hizo en su estilo, esto es contratacando), reunirse con el Presidente de la República y otras autoridades del Frente Amplio y evacuar numerosas entrevistas. Amén de realizar diversas declaraciones sobre algunas de las medidas que piensa adoptar en caso de ser electo. Esta sobreexposición no ha servido, sin embargo, para aclarar algunas de las incógnitas que rodean su curiosa personalidad política. ¿Cuál es el verdadero Mujica? ¿El antiguo herrerista que compitió con Lacalle por un cargo en la juventud de ese sector del Partido Nacional? ¿El guerrillero cargado de radicalismo y definiciones socialistas que puso su vida al tablero, como decía Manrique, y estuvo muchas veces a punto de perderla? ¿O el político de verbo llano y pintoresco, con frecuencia grosero, que filosofa largamente, como hombre que ha vivido mucho y no en vano, sobre temas esenciales y eternos que hacen a la condición hu-



mana y parece cargado de sensatez y sabiduría? ¿O aún el viejo calentón que pierde con más frecuencia de lo deseable los papeles, y ya desafía a otro legislador a pelear como increpa airadamente a un periodista que le ha hecho una pregunta que lo molestó? Tenemos en él algo así como la versión criolla del mito de Proteo, porque Mujica es todo eso al mismo tiempo. Execrado por unos por su permanente (y cultiva-

da) desprolijidad, criticado por otros debido a su forma de expresarse, temido por muchos por su presunto radicalismo revolucionario y anatematizado por algunos de los que fueron sus compañeros de aventuras por haberse moderado en demasía, Mujica ha logrado generar, pese a todo, una confianza extraordinaria en los sectores más postergados de esta sociedad partida al medio que es actualmen-

te la nuestra, los que lo idolatran como si se tratara una suerte de taurmaturgo capaz de todos los milagros. Un destacado politólogo explica semejante impacto en la disyuntiva "ellos" y "nosotros"; viene a decir que durante más de un siglo y medio, la franja menos favorecida de la sociedad votó por "ellos", los exponentes de la cultura y la propiedad, porque, después de todo, eran los que poseían niveles de formación, capacidad y experiencia como para conducir los destinos del país. Y que el "fenómeno Mujica" representa un cambio radical en esa actitud; como consecuencia de muchos años de frustraciones y desencantos, han decidido votar por uno de "ellos", porque así ven al candidato presidencial frente a la oposición. Aunque la teoría resulta algo simplificada de un fenómeno más complejo, tiene indudables visos de verdad. Pero se da el caso de que esta figura, por tantos motivos desconcertante, que "como te dice una cosa, te dice la otra" y muchos le creen las dos veces, que emplea giros verbales propios del medio rural siendo un montevideano de pura cepa (lo mismo hacía Chico Tazo, por cierto), que navega a medio camino entre un modesto chacarero con inquietudes sociales y un intelectual que teoriza sobre el socialismo, ha logrado trascender a todos los medios sociales y recibe también el apoyo de artistas, intelectuales y profesionales extraídos de todos los campos. Lo único seguro, respecto a su persona, es que ocupa, por activa o por pasiva, el centro de la vida política nacional, que lo que hace y dice afecta a todos y que genera interminables polémicas. En definitiva, ese ha sido, es y seguirá siendo el privilegio de todos los caudillos.



JOSEPH ALOISIUS RATZINGER
PAPA BENEDICTO XVI

LA IMPREVISTA RENUNCIA DE UN PAPAE XCEPCIONAL

Puede apostarse a que la Historia, con mayúsculas, reservará un sitio de excepción a este alemán universal, que hoy el mundo despidе con asombro, afecto y temprana nostalgia

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com



NINO FERNÁNDEZ

Un querido compañero me hacía notar, días pasados, con cuánta frivolidad caemos (todos; quien esté libre de pecado, que lea el evangelio de San Juan) en las ideas preconcebidas y en la liviandad de juicio. Joseph Aloisius Ratzinger, que cuando se escriben estas líneas aún es el papa Benedicto XVI, fue considerado, desde sus tiempos como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, como uno de los más nítidos exponentes del ala derecha y conservadora de la Iglesia. Y semejante veredicto, sostenido mayoritariamente por no católicos, llegó empero a algunas destacadas figuras de la hoy semidifunta Teología de la Liberación. Desde un punto de vista estrictamente dogmático, no hay papas “conservadores” y “progresistas”; esos conceptos relativos no pueden aplicarse a quien es guardián de un mensaje dictado hace miles de años que, en su esencia, no puede ser modificado. Pero un papa es mucho más que eso; es el jerarca supremo de una complejísima organización (la Iglesia), expandida por todo el mundo, que tiene tareas religiosas, culturales, sociales y educativas que cumplir. Y que, integrada por hombres, no está libre de fallos, como demuestra la historia. En este plano, y solo en él, hay pontífices que han ejercido su autoridad recostándose en lo ya conocido, y otros que, con visión de futuro, han abierto caminos hacia el porvenir. El

Concilio Vaticano II renovó muchos aspectos de la función eclesiástica, desde la liturgia hasta la acción social; e, hijo de su tiempo, generó la llamada Teología de la Liberación, que procuró un regreso a los orígenes revolucionarios del cristianismo admitiendo incluso la influencia de las tesis marxistas. Los resultados fueron, en algunos casos, desastrosos, y llegaron a incidir sobre aquello que define esencialmente la condición de católico. Contra esta tendencia, sin duda disolvente (más allá de las intenciones que la sostuvieron), reaccionaron Juan Pablo II y su mano derecha, el cardenal alemán Ratzinger. La posición de ambos fue clarísima y, a mi juicio, indiscutible: si crees en esto, eres católico, y si no, no lo eres. ¿Esa postura es conservadora? Sí, sin duda; conservadora de la propia Iglesia, que corría el riesgo de vivir otro cisma como el que la partió al medio en tiempos de Lutero. Pero saliendo de los temas que hacen al dogma, pocos sucesores de san Pedro han sido tan removedores como este bávaro de enciclopédica cultura (entre otras cosas, es un magnífico pianista y dicen quienes han tenido el privilegio de oírlo que interpreta a Mozart de manera magistral), que habla 10 idiomas y conoce al dedillo toda la filosofía antigua y moderna. Lo que le ha servido para ingresar en los vericuetos más complejos de la fe; que, si no puede ni debe reducirse a la racionalidad, tampoco puede prescindir de

ella, bajo pena de convertirse en mera superstición. Solo tres encíclicas emitió Benedicto XVI en sus menos de ocho años de reinado: *Deus caritas est*, *Spe Salvi* y *Caritas in veritate*; amén de varias exhortaciones apostólicas, y de los libros que fue escribiendo durante su vida (*La sal de la tierra*, *Mirar a Cristo*, *Fe, verdad y tolerancia*, etc.). Pero en todo este bagaje escrito se apunta una verdadera revolución, que pasa por una ácida crítica al capitalismo como generador de una insana apetencia de bienes materiales y desigualdades, al relativismo como error que no debe ser confundido con el respeto a quien piensa diferente, por la apertura hacia los fieles de otras religiones y –curiosamente– por una reivindicación del sentido del humor y la alegría como expresiones de la paz espiritual y la armonía universales. Hecho que, además, Ratzinger practica con maestría (cuando fue electo papa, en abril de 2005, comentó: “Le dije a Dios ‘por favor, no me hagas esto’... Evidentemente, esta vez Él no me escuchó”). Ahora, para terminar de quebrar la absurda imagen de conservador, acaba de renunciar al trono de san Pedro, en pleno uso de sus facultades intelectuales, lo que no sucedía desde la dimisión de Celestino V, el 19 de mayo de 1294. Puede apostarse a que la Historia, con mayúsculas, reservará un sitio de excepción a este alemán universal, que hoy el mundo despidе con asombro, afecto y temprana nostalgia. ●

●●●
DANIEL STURLA
ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

EL SEGUNDO CARDENAL

Sturla ha hecho méritos para la distinción que sobre él ha recaído. Ha sido un pastor abierto, accesible y en contacto con la gente

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

Desde el 4 de enero de este año 2015, por decisión de su santidad el papa Francisco I, Uruguay cuenta con el segundo cardenal en su historia. El arzobispo de Montevideo, Daniel Sturla, fue elevado a la dignidad cardenalicia y lo anunció el propio papa en el *Angelus* de la fecha señalada. Lo primero que hay que aclarar es lo que significa ser cardenal en la Iglesia Católica: es un cuerpo que tiene como objetivo asesorar al Sumo Pontífice cuando este lo requiera, y que posee la enorme responsabilidad de elegir a su sucesor en caso de fallecimiento, renuncia o imposibilidad de continuar de este. Va de suyo que el ingresar en el Colegio Cardenalicio es el máximo honor a que puede aspirar un sacerdote católico, aparte, claro está, de ser designado papa.

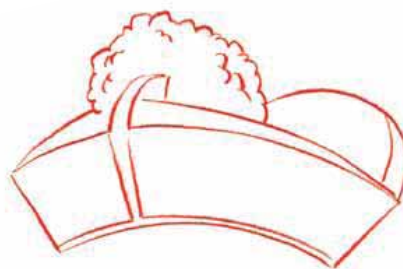
Uruguay, que tiene bien ganada la fama de país laico con preponderante influencia masónica, solo había tenido, hasta el momento, un solo cardenal: monseñor Antonio María Barbieri (1892-1979), quien ocupara la dignidad de arzobispo de Montevideo entre 1940 y 1976, fue doctor en Teología, director del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y personalidad apreciada y respetada en todos los ámbitos de la cultura nacional en aquellos años.

Daniel Sturla Berthouet, quien nació en Montevideo el 9 de julio de 1959 y fue promovido a la señalada calidad de cardenal junto a otros 19 religiosos procedentes de 14 naciones ha tenido, en general, un perfil menos intelectual que el de su predecesor. Motivado principalmente por la problemática social, este sacerdote salesiano, huérfano desde los 16 años, fue consagrado el 21 de noviembre de 1987, accedió al arzobispado el 11 de febrero del 2014 sustituyendo al renunciante monseñor Nicolás Cotugno (nacido en 1938; no se puede, según las normas internas de la Iglesia, mantener el cargo después de los 75 años) y se dedicó intensamente a trabajar en asentamientos y a aliviar, hasta donde ello es posible en este mundo, las desdichas de los más necesitados. Proveniente de una familia de tradición blanca, su hermano, Héctor Martín Sturla (1953-1991), fue abogado, docente universitario y

presidente de la Cámara de Diputados. ¿Dejará Daniel Sturla, en su nueva condición, sus abnegadas labores sociales? Sinceramente, no lo creemos; de hecho, las siguió desarrollando desde el arzobispado de Montevideo.

Algunas voces, desde Argentina, se han levantado cuestionando la designación de nuestro compatriota; el argumento es deleznable: sostienen que Uruguay es el país con menos católicos de América Latina. Más allá de que el dato, en términos proporcionales, resulta altamente discutible, parece que los que así razonan creen que la dignidad de cardenal es una distinción al país y no a la persona individual; o sea, que aunque Sturla, o Juan de los Palotes, fuese el único sacerdote católico en todo el Uruguay, podría, si se lo merece a juicio del Sumo Pontífice, ser designado miembro del Colegio Cardenalicio. Y vaya si este compatriota, del que tan orgullosos nos sentimos católicos y no católicos, ha hecho méritos para la distinción que sobre él ha recaído. Como digno

miembro de la feligresía de San Juan Bosco (1815-1888), ha sido un pastor abierto y accesible, siempre en contacto con la gente, consolando a unos, reforzando las debilidades del otro y festejando con alegría los logros de todos. Cuando asumió la titularidad de arzobispo de Montevideo, el mismo 11 de febrero del 2014, celebró una misa que tuvo una selecta concurrencia: el presidente de la República José Mujica; el expresidente Luis Alberto Lacalle; el senador y candidato presidencial del Partido Colorado, Pedro Bordaberry, y altas jerarquías de las comunidades judías y protestantes. Sin duda esto debe haberlo llenado de satisfacción, pero tengo para mí que, sin menospreciar a nadie, se sentía en ese momento (como seguramente se siente ahora mismo) mejor rodeado de sus pobres y dolientes, a los que ha dedicado su vida. Sea como sea, es un orgullo para Uruguay, más allá de convicciones y credos, contar con un integrante del Colegio Cardenalicio. Enhorabuena, entonces, cardenal Daniel Sturla. ●



N. FERNÁNDEZ



EL SECUESTRO DE LAS NIÑAS NIGERIANAS

UN GOLPE EN LA CONCIENCIA DE TODOS

De los fanatismos que la historia conoce, el religioso es sin duda el más irracional

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

linmaica@hotmail.com

El mundo –al menos, todas las personas decentes del mundo– no sale de su asombro y su congoja ante el horror de lo que está sucediendo en Nigeria, país en el cual más de 200 niñas (el número exacto cambia según las fuentes, pero parecen ser unas 280) han sido secuestradas por una organización radical que se dice islámica y que se llama Boko Haram (lo que quiere decir algo así como “La educación occidental es pecado”). El primer sentimiento que provoca esta noticia es el de desconcierto: ¿qué objetivo puede tener el secuestro de semejante número de jovencitas, niñas y adolescentes?

Pero muy pronto esa confusión deja lugar al más escandalizado de los horrores: según informan los cables y agencias noticiosas, el líder de Boko Haram, que se llama Abubekar Shekau, ha declarado que su intención es venderlas (debe suponerse que como esclavas, o algo peor) por US\$ 12 cada una. ¿Con qué propósito? El de casarlas. Al parecer, estos señores creen que, de esa manera, lograrían neutralizar la influencia occidental, traducida en cosas tan graves como vestir camisas o pantalones. Se informa de que las niñas, menores de 15 años, han sido violadas por sus secuestradores, y este señor Shekau, que sostiene estar en contacto con Alá, proclama que “la educación occidental debe cesar. Hermanos, deben cortar la cabeza de los infieles. Hermanos, hay esclavos en el islam, no se dejan

engañar”. Y en un video agregó “Me voy a casar con una niña de 12 años. Me voy a casar con una niña de 9 años. Niñas deben abandonar la escuela y casarse”. De los fanatismos que la historia conoce, el religioso es sin duda el más irracional, porque genera el odio en nombre de un Dios que se concibe como infinitamente bondadoso, magnánimo y justo. Todas las grandes creencias religiosas, en algún momento de sus respectivas historias, han padecido intolerancia y ferocidad. Pero las noticias que llegan desde Nigeria (país de 170 millones de habitantes, en el cual han convivido a lo largo de los siglos musulmanes y cristianos) superan todo lo que pueda coagular la imaginación más desbocada. Es inevitable preguntarse cómo ha sido posible que una de las concepciones religiosas más profundas y admirables del univer-

so haya provocado mentalidades como la de este individuo, que usurpa el sagrado nombre del islam para dar salida a sus más bajos y despreciables instintos. El secuestro de las adolescentes es el más repulsivo, pero de ninguna manera el único atentado que esta secta está cometiendo contra los principios en los que dice inspirarse. Se calcula que, cuando se escriben estas líneas, más de 1.500 personas han sido asesinadas sin otra razón o pretexto que el más abstruso fanatismo.

Mientras tanto, ¿qué hace el gobierno de Nigeria? Aparentemente muy poco, amén de realizar confusas declaraciones que parecen poner en duda la veracidad de estos horrores. El presidente del país, Goodluck Jonathan, se ha limitado a pedir que se haga “todo lo necesario” para liberar a las raptadas (como si no fuera él mismo el prin-

cipal responsable de llevar a buen puerto ese rescate) y a solicitar ayuda a las autoridades de Estados Unidos. El secretario de Estado, John Kerry, prometió hacer “todo lo posible” para ayudar a Nigeria en este asunto. En las redes sociales se levantan voces desde todos los ámbitos bajo la consigna “Traigan de vuelta a nuestras niñas”, y en diversos países, en su mayoría de religión musulmana, se han organizado manifestaciones de protesta y de condena a los secuestradores. La ONU, por su parte, por boca de su portavoz de derechos humanos, Rupert Colville, ha hecho público un llamado por el cual se pide una “cooperación cercana para lograr lo mejor en este caso, que es la liberación de estas niñas”. Ante la inhumanidad de la situación, ante la contradicción flagrante entre los principios que dicen sostenerse y los hechos que tienen lugar, todas estas reacciones parecen tibias y hasta mezquinas. ¿Será que el ser humano, según todas las grandes concepciones religiosas, criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, no es capaz de levantarse más allá de niveles tan misérrimos? El caso de las niñas nigerianas es un golpe tremendo en la conciencia de todas las personas decentes de este mundo. ●

Opinión

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS



Encuentro

Yo a ese lo conozco”. El muchacho, apenas más que un quinceañero, me miraba intermitentemente con nerviosismo, pero también con interés y curiosidad. Muy alto, pelo abundante, lacio y renegrido, ojos castaños, actitud algo indolente. Su rostro me resultaba extraordinariamente familiar.

Estaba sentado en un banco de plaza en la zona de Lezica, a no más de tres o cuatro cuadras del Colegio Pío.

Me senté a su lado y traté de iniciar una conversación; como era previsible, su nerviosismo aumentó y me respondía con monosílabos.

Pero no se levantó ni amagó a irse; estaba claro que algo en mí le intrigaba, como a mí me intrigaba toda su persona.

Le pregunté, por fin, cómo se llamaba, y su nombre era idéntico al mío.

Un ramalazo eléctrico me

recorrió la columna vertebral. ¿Aquel joven era yo hace 55 años? ¿Se estaba produciendo en mi vida la fantasía de Jorge Luis Borges, el encuentro de uno consigo mismo en el seno de ese misterio que llamamos tiempo?

No me lo pregunté más: no se hacen muchas preguntas en casos semejantes.

Traté, en cambio, de dirigir el diálogo hacia sus expectativas y esperanzas. Sí, claro que yo las sabía; pero estaban cubiertas por la pátina del tiempo y del olvido.

Poco a poco, el muchacho fue dejando a un lado la timidez y la inevitable sospecha ante aquel veterano que se interesaba por su persona, y comenzó a hablarme de su familia (que era la mía), de sus proyectos (que algún día fueron los míos) y de las ilusiones que se abrían, radiantes, ante la vida que comenzaba.

En ningún momento mencionó su intención de irse a vivir

a otra parte; quería viajar, sí, conocer el mundo, pero para reunir experiencias y, a partir de ellas, transformar este país (“mi patria”, dijo, y se me hizo un nudo en la garganta).

¿Es que acaso no te gusta? Parecía ser esa la pregunta que estaba esperando: no, no le gustaba, pese su hondo compromiso afectivo.

Me habló de las lacras sociales, de las injusticias que había que corregir, de los naufragos que era necesario salvar a través de la cultura; de los talentos que morirían con sus dueños, de los Mozart que nunca aprenderían música, de los Lope de Vega que nunca escribirían un verso, de los Rodin potenciales que jamás esculpirían nada, de los Picasso que se irían de este mundo sin pintar un cuadro.

La pasión lo iba transfiriendo y ya no quedaba nada del adolescente tímido y desconfiado del principio:

“¡Hay que hacer una revolución!” –exclamó, rebotante de brío– “¡Dentro de 40 o 50 años este será un país sin miseria, señalado en el universo como centro de generación de ideas y de belleza, donde todos tengan oportunidad de desarrollar sus potencias. ¡Podemos hacerlo! Nuestros únicos enemigos son el escepticismo, la desesperanza, la rutina y la cobardía”.

Casi abruptamente, me levanté y me fui, despidiéndome con un “chau” apenas musitado.

No sé si comprendió que su interlocutor no era otra cosa que su *alter ego*, él mismo transformado en un viejo ahito de ilusiones quebradas como el ala de un chingolo. No lo supe ni lo sabré nunca.

Pero ¿cómo decirle que todo el fuego que latía en su mirada y en sus palabras se consumiría en la incapacidad de transformar este país, que su sueño de la educación y su hija dilecta, la cultura, se perdería en los laberintos del fracaso, que la revolución con la que soñaba era una estúpida utopía?

Que el Uruguay sería parte del “tercer mundo”, despreciado y sumido en el “subdesarrollo”, conceptos que seguramente no hubiera entendido.

Que sus sueños, sus bellos y elevados sueños, no tendrían más realidad que la que ya adelantara Calderón, y que la vida que comenzaba a recorrer no sería más que una concatenación de fracasos.

Y que la vejez andaba rondando por ahí, cerca, mucho más cerca de lo que él mismo era capaz de suponer.

No pude hacerlo; no tuve el coraje de confrontar mis propias ilusiones, y me marche de mí, de mi barrio y de mi juventud, con los ojos llenos de lágrimas.

Me fui sin dar vuelta la cara, para no verme y para no tener que pensar si habrá valido la pena transitar por este mundo.

Me fui, en definitiva, pensando que si el viejo Borges llegase a leer esta columna, podría acusarme de plagista, pero no de mentiroso. Lo que no es poco, por cierto. ●

●●●
HUGO CHÁVEZ FRÍAS
PRESIDENTE DE VENEZUELA

EN LA HORA DEL BALANCE

La muerte, sea tránsito hacia formas superiores de pervivencia o sello y final de la individualidad, señala un momento solemne que exige respeto y unción...

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com.

Resulta incómodo escribir acerca de una persona que acaba de fallecer. Las emociones que genera su definitivo adiós están muy frescas, y todo lo que se diga estará teñido de subjetividad. Si se le critica, aparecerá algún imbécil de los que abundan en este país, a decir que es una bajeza atacar a quien no puede defenderse (ya me pasó cuando, hace unos años, objeté, con todo respeto, algunas opiniones sobre la nacionalidad de Carlos Gardel del ingeniero Bayardo, que había fallecido poco antes); y si se le elogia, habrá quien piense que uno se está dejando llevar por el sentimentalismo. Pero el fin de la larga y dolorosa agonía del presidente de Venezuela ha sido la noticia de la semana, y acerca de ella es inevitable escribir. La muerte, sea tránsito hacia formas superiores de pervivencia o sello y final de la individualidad, señala un momento solemne que exige respeto y unción, pero no redime de los fallos cometidos, ni tiene por qué modificar las opiniones que sobre el occiso se hayan sostenido mientras aún habitaba entre nosotros. Vaya entonces, por delante, mi pesar —expresado por enésima vez— a los familiares del Hugo Chávez y a todas las personas que lo amaron y lo erigieron en su ícono. Hubiera querido que viviera muchos años y que fuera desalojado del poder por elecciones libérrimas. Y aquí se acaban, de mi parte, las buenas

palabras sobre este líder de formidable carisma, pero de errática trayectoria pública. Chávez encarnó, como pocos, el arquetipo de caudillo que ha aparecido siempre en América Latina para arruinar la posibilidad de obtener un desarrollo económico, político y cultural coherente. Aunque haya ganado siete elecciones, como se ufanan en decir sus partidarios, no fue nunca un demócrata; por el contrario, desconfió siempre de la democracia, y cuando fracasó en su intentona cuartelera de 1992, la utilizó como catapulta para obtener el poder autoritario, el único que concebía.

Bien afirmaba Winston Churchill que la democracia es, en esencia, el sistema político que garantiza los derechos de las minorías. Apoltronado en las alturas, y en particular luego del fracaso del golpe que intentó derrocarlo en el 2002, Chávez se dedicó a insultar a todos los que no coincidían con sus puntos de vista, a violar la misma Constitución que él había hecho aprobar (y que garantiza una libertad de expresión de la que siempre se burló) y a sostener con petrodólares a la infame dictadura cubana de los hermanos Castro. Dicen que dio prebendas y recursos a los sectores sumergidos, ancestralmente olvidados por los partidos tradicionales (Acción Democrática y Copei), pero eso mismo han hecho todos los demagogos de izquierda y de derecha desde que el mundo es mundo; es, ni más ni menos, una

forma de comprar conciencias y votos, y de perpetuar la exclusión social. En otro orden de cosas, todo el balance de su gestión es desastroso.

Deja a Venezuela, uno de los países más ricos del orbe, con una economía en ruinas, sumida en la corrupción y la violencia hasta extremos inimaginables, carcomida por el racionamiento (incluso del agua, en un territorio generosamente regado en toda su extensión) y dividida por un odio que será muy difícil superar en los años inmediatos. Ejerció el mismo estilo de mando y aplicó las mismas recetas de todos los tiranos, tiranuelos y “salvadores de la patria” que parecen brotar de las feraces tierras latinoamericanas como espinosos cactus en el desierto. Resultó, en fin, la caricatura de lo que se ha dado en llamar “populismo”, un estilo de gobierno que, parapetado detrás de las anatemas antimperiales (siempre que ese imperio sea EEUU, desde luego), echa las culpas de su persistente y reiterado fracaso (más bien, desastre) a los “enemigos” de afuera y de adentro. Creo que su vida pública, y más allá de intenciones, ha sido una catástrofe para Venezuela y para toda América Latina, que por razones de un retraso cultural ya endémico, lo adoptó como faro y modelo. Algún día se escribirá, con objetiva distancia, la historia de su peripecia histórica: puede apostarse a que el juicio que merezca no será precisamente benévolo. ●



NINO FERNÁNDEZ



LA AMENAZA DEL CAMBIO CLIMÁTICO

Todo induce a suponer que este ciclo obedece a un cambio general provocado por causas que no se pueden revertir

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

NINO FERNÁNDEZ

Este país está lleno de leyendas, la mayoría de las cuales, enfrentadas con la realidad, se demuestran falsas. Las dos más trilladas son la mal llamada “viveza criolla” (que no es más que una variante particularmente torpe de la deshonestidad) y la peregrina (y afortunadamente en vías de extinción) “garra charrúa”, que provoca que muchos crean que se puede sustituir el estudio y el esfuerzo –que otros cultivan con esmero– con improvisación y “huevos”. Pero de ninguna manera son las únicas. Desde niño se nos enseña, en las escuelas, que el Uruguay tiene un clima ideal, sin temperaturas extremas, y cuyo promedio anual se aproxima a los 17 grados.

Se nos dice también que en esta bendita tierra sin volcanes ni terremotos, las lluvias son moderadas y se reparten equilibradamente a lo largo de todo el año, a diferencia de otros sitios en los que hay, alternativamente, temporadas de lluvia y de sequía.

Bien, lo que está pasando en estos días iniciales de febrero del 2014 pone una vez más de manifiesto la tendencia muy vernácula de confundir la realidad con los propios deseos. Lo de los 17 grados, más o menos, de temperatura es verdad; solo que se trata de un promedio que rarísimamente se da en la práctica.

Nos cocinamos de calor en verano (y bien que tuvimos razones para saberlo en lo que va del año) y nos morimos de frío en invierno. Claro, si se suman las temperaturas máximas y las mínimas, y se divide el resultado por dos, nos aproximaremos bastante a la mágica y templada cifra, con muy escasas razones para sentir satisfacción por ello. Y lo mismo sucede con las lluvias y su contraparte, las sequías. Resulta que hemos tenido, en una parte nada despreciable del mes de enero y en lo que va de febrero del año que acaba de iniciarse, una serie de tormentas acompañadas de espesas precipitaciones fluviales, que están provocando que nos salgan hongos de humedad en los cabellos.

Vaya por delante que la situación



es anómala, o sea, que no es lo que suele suceder. Pero de hecho está pasando, y las consecuencias se están haciendo sentir pesadamente.

A la previsible serie de inundaciones, familias desalojadas de sus viviendas, ríos desbordados que no dejan pasar y cañerías de desagüe insuficientes, se suman los efectos negativos que la insólita cantidad de agua que ha caído y sigue cayendo provoca en la producción agraria, de la que, pese a todas las modernidades, los habitantes de este país seguimos viviendo.

Todos los aspectos de la faena rural se han visto, en mayor o menor medida, perjudicados: ganadería, agricultura y forestación. Por supuesto, los daños presentan un impacto desigual: los que más padecen son los pequeños explotadores de la huerta, a quienes se les pudre la fruta y se les arruinan las hortalizas.

Como consecuencia ineludible de ello, y en aplicación del más elemental principio de la ley de la oferta y la demanda, los productos que, pese a todo, puedan salvarse, llegarán a las ferias y mercados a precios muy superiores a lo que era tradicional, y ello fortalecerá el ya preocupante flujo inflacionario de la entera economía.

Muchos pensarán: “Bueno, para paliar esos inconvenientes están

los seguros, que pueden contratarse como prevención”. Y es verdad; pero resulta que, precisamente la huerta, tiene unos márgenes de rentabilidad muy escasos, que no podrían tolerar nuevas exacciones sin provocar que todo el negocio sufra un colapso.

¿Se trata simplemente de un mal año que pasará dejando algunas heridas pero abrirá paso a tiempos mejores? Todo induce a suponer que no; que este ciclo obedece a un cambio climático general, provocado por causas que no cabe analizar aquí y que, en último caso, no estaría dentro de nuestras posibilidades revertir. Al respecto, las palabras del ministro de Ganadería, Tabaré Aguerre, tienen resonancias fúnebres: “Esto llegó para quedarse”.

En fin, que junto a las múltiples señas que parecen marcar el final del largo ciclo expansivo de la economía nacional (y que tan mal han aprovechado los últimos gobiernos) hay que sumar ahora este nuevo factor negativo.

El agua es uno de los bienes más preciados que tenemos en estos territorios tan bien regados; pero como dice el refrán, todos los extremos son malos: incluso el que provoca que tengamos mucho más de la que es imprescindible para producir y hasta para vivir. ●



UN PERIPLO ALTAMENTE PROVECHOSO

DE REGRESO

No hay nada más bello, enriquecedor y hermoso que conocer lugares; viajar es sumirse en las maravillas de este mundo

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

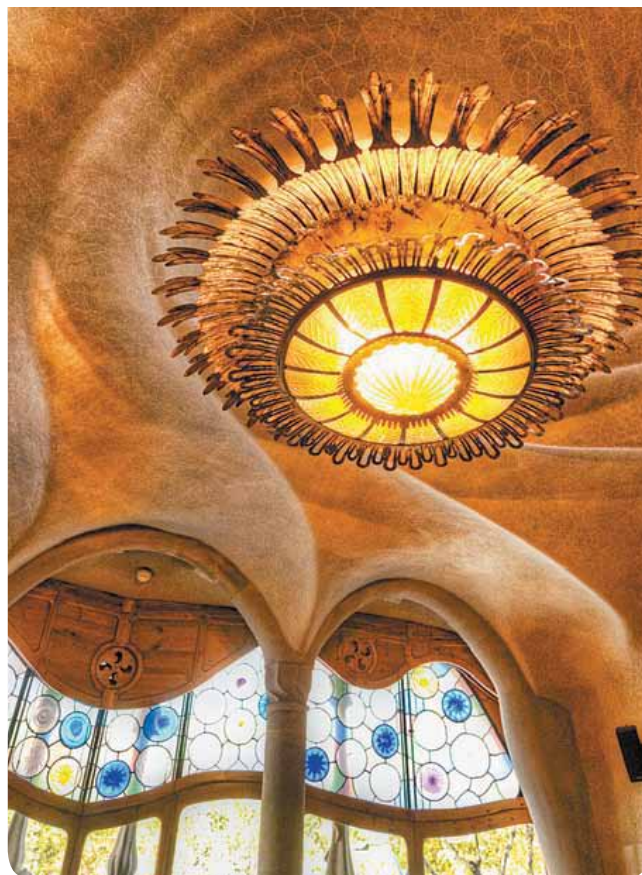
Escribo esta última nota de viaje desde Montevideo, con lo que las Crónicas de Viaje tocan a su fin. Lo que quiere decir es que mi largo periplo ha terminado. Espero que los lectores hayan disfrutado las vicisitudes de la larga vuelta, que me llevó de Madrid, a la Alhambra y a Granada, de allí a Bruselas y más tarde a Barcelona. Luego de la muerte en esa ciudad de mi madre, en 1997, me había jurado a mí mismo no volver jamás a la Ciudad Condal. Sin embargo, creo que mamá se merecía una foto, que seguramente será la última, de los cuatro hermanos. La sueño, donde se encuentre, feliz de semejante reencuentro.

No me arrepiento de haber hecho lo que he hecho, desde luego.

Vuelvo, sin embargo, con una doble sensación de espíritu: una, que el viaje resultó un éxito, si lo que se buscaba era eso. Otra, cansado, debilitado de salud y muy venido a menos. Anoche, sin ir más lejos, me caí sobre una mesa de cristal, la hice trizas y no me maté de casualidad. Me siento inseguro para moverme, de alguna manera hecho polvo, y muy, pero muy triste y decaído. Creo que mi gran error fue plantearme un viaje tan ambicioso, tan extenso y temerario.

Tengo 73 años, y a esas edades las cosas no son iguales a cuando uno tiene 20 o 30 años.

Que vuelvo enriquecido culturalmente, mucho mejor de lo que me fui, es evidente. Pero no debí haber cometido una aventura semejante. No se puede ignorar el pasaje del tiempo, ni el transcurso ineluctable de los años. Tal vez,



si hubiera planteado un viaje más modesto, todo hubiera ido mejor. De todas formas, no he hecho estas vueltas por el mundo al santo botón, y heme aquí, tratando de retomar mis actividades cotidianas.

Eso sí, lo juro: este es el último viaje de estas características que inicio.

Vuelvo lleno con el alma de espacios abiertos, del alma en plena superación y mucho mejor de lo que me fui.

Cumplí mi sueño de conocer las bellezas de la Alhambra y sin duda concreté un viejo anhelo.

Ahora, sentado frente a la computadora, veo desfilando por mi mente cosas que no volveré a ver en mi existencia, y soy otra persona.

De ninguna de las maneras sugiero a nadie que eluda esta experiencia, cualquiera sea la edad que lleve encima del cuerpo.

No hay nada más bello, enriquecedor y hermoso que conocer lugares que uno siempre trató de visitar, sin mayor éxi-

to hasta el momento. Viajar es sumirse dentro de las maravillas de este mundo, y esto no tiene precio.

Ahora, cuando se aproxima inevitablemente la hora de la noche final, uno se irá de este mundo sabiendo más, y ese saber se trasladará a las sucesivas generaciones.

Las glorias de Benasque, sobre el Pirineo aragonés, se guardarán en mi alma hasta el momento final.

No me arrepiento de haber viajado, pese a las nanas que actualmente me afectan. Es que se regresa con renovado amor, con una nueva concepción de este maravilloso mundo de Dios, y ello lo justifica todo.

Como ya he señalado, este ha sido mi último viaje largo. Pero gracias a Dios que pude realizarlo. No hay cosa más hermosa que conocer el mundo, y yo llegué a hacerlo.

Este viaje justifica todo lo hecho. Aunque me haya caído arriba de una mesa de cristal y no me matara de pura suerte. ●

● ● ●
DR. TABARÉ VÁZQUEZ ROSAS
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

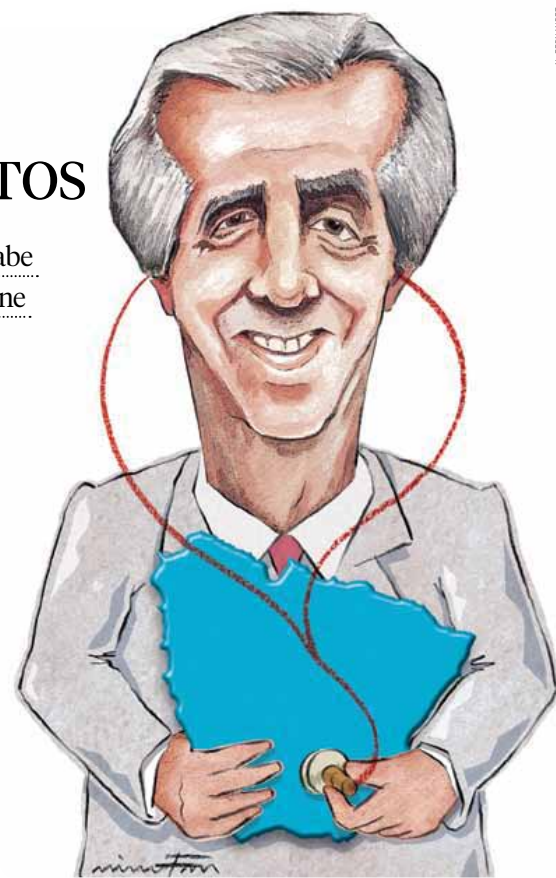
EL MAYOR DE LOS ÉXITOS

Le espera una difícil labor; pero él más que nadie sabe que el Uruguay de hoy, fracturado y violento, no tiene nada que ver con aquel en el que creció y maduró

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

Esta semana se ha producido la asunción presidencial de Tabaré Vázquez Rosas a la Presidencia de la República. Es el segundo ciudadano que adquiere ese derecho por voto directo del electorado. En tan señalado honor, Vázquez fue precedido solamente por Julio María Sanguinetti. Como es bien sabido, Vázquez es un médico oncólogo muy prestigioso, y durante su anterior mandato continuó, con las limitaciones del caso, ejerciendo su profesión. Esta vez, ha declarado que no lo hará, que dedicará todo su tiempo al ejercicio de su labor política. Llega el líder del Frente Amplio con mayoría absoluta en ambas cámaras, lo que le permitirá gobernar con desahogo. Es un hombre bastante mayor, pues nació en Montevideo el 17 de enero de 1940; tiene, por lo tanto, 75 años, y demuestra, en todos sus actos, conservar una completa lucidez. Vázquez –y esto ya lo hemos señalado en repetidas ocasiones– se encumbró en base a su esfuerzo personal, como alumno de un sistema educativo que, por entonces, era el orgullo del país. De origen humilde, nacido en La Teja, hijo del obrero de ANCAP Héctor Vázquez y de doña Elena Rosas, fue el cuarto hijo de cinco hermanos. En la adolescencia pasó las de Caín, porque su padre fue despedido en 1951 y la familia debió pasar por momentos económicos muy comprometidos. Una cosa que se sabe poco: fundó, con un grupo de amigos, el club El Arbolito (1958), donde jugó como arquero. Llegó a ser presidente del mismo, y abrió

una policlínica en la que llegaron a atenderse más de 400 pacientes por mes. Asistió al liceo Bauzá y luego al N° 11, de la villa del Cerro; los Preparatorios los cursó en el Instituto Vázquez Acevedo. El 23 de octubre de 1964 se casó con la señora María Auxiliadora Delgado, y de esa unión nacieron tres hijos: Álvaro, Javier e Ignacio, a los que se sumó un vástago adoptivo, Fabián Barbosa. En 1969, en la Universidad de la República, se graduó como médico, y en 1972, como especialista en oncología y Radioterapia. Mientras estudiaba, trabajó como aprendiz de carpintero, empleado de almacén, vendedor de diarios y vidriero, hasta que en 1959 ingresó en la empresa Carrau & Cía, como administrativo. Muy aficionado al fútbol, en 1978 fue designado vicepresidente del Club Progreso, y en 1979 accedió a la presidencia del mismo. No por casualidad, por cierto, en 1989 Progreso ganó por única vez el Campeonato Uruguayo de Fútbol. En aquella oportunidad, su nombre fue manejado como eventual presidente de la Asociación Uruguaya de Fútbol, pero esta vez, no tuvo éxito. Fue por entonces que ingresó a la masonería del Uruguay, organización a la que aún pertenece con el grado de maestro. Entre 1969 y 1971 fue médico de Sanidad Policial y ejerció su profesión en Casa de Galicia, el Hospital Británico y fue encargado del Departamento de Radioterapia del Instituto Nacional de Oncología. Además, dictó clases en la Universidad como profesor adjunto de oncología. En 1985 fue designado director del Instituto de Radioterapia de la principal casa de



N. FERNÁNDEZ

estudios del país. En usufructo de una beca concedida por el gobierno francés, estudió en el Instituto Gustave Roussy, de París, y asistió a varios congresos internacionales de investigación cancerológica.

En 1983 se afilió al Partido Socialista, en tiempos de clandestinidad, y en 1986 integró el Comité Central del mismo. Fue presidente de la comisión de finanzas de la Comisión Nacional que en 1987 luchó por anular la Ley de Caducidad que amnistiaba numerosos delitos de los responsables del régimen anticonstitucional que se acababa de superar.

En 1989 resultó electo intendente municipal de Montevideo, y en 1994, ya transformado en uno de los líderes principales del Frente Amplio, presentó su candidatura a la Presidencia de la República. Luego de dos fracasos

(relativos: el caudal electoral del Frente Amplio aumentó sideralmente tras su figura), fue electo para esa alta dignidad el 31 de octubre del 2004. No es este el lugar adecuado para hacer un balance de aquel mandato, primero de la historia nacional que no provino de los partidos tradicionales. Baste con subrayar que emergió con un prestigio tan acendrado como para ganar nuevamente, en el 2014, las elecciones y asumir por segunda vez la Presidencia de la República. Le espera una difícil labor; pero él más que nadie sabe que el Uruguay de hoy, fracturado y violento, no tiene nada que ver con aquel en el que creció y maduró. Ojalá que esa experiencia le sirva para realizar una presidencia memorable. Lo dice un ciudadano que no lo votó, pero que le desea, de todo corazón, el mayor de los éxitos. ●



NELSON MANDELA
EXPRESIDENTE DE SUDÁFRICA

LO QUE PUEDE PEDIRSELE A UN HOMBRE

Escogió el camino del compromiso y el riesgo, y ello le significó 27 años en el pozo infecto de una prisión

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com



En todos lados del mundo se levantan voces de pesar por el esperado deceso del líder sudafricano Nelson Mandela, ocurrido en su casa de Johannesburgo el jueves 5 del corriente, a la nada despreciable edad de 95 años. Y si se emplea un poco la razón, uno se pregunta la causa de ese pesar. Yo no digo que haya que hacer como algunos pueblos orientales, que celebran el tránsito final de la muerte con alegría, porque creen que el que se ha marchado está en un mundo mejor. Pero me parece que lamentarse del fin de un hombre como Mandela, a esa edad, no es sincero, salvo si lo que se lamenta, en realidad, es la condición mortal del ser humano. Mandela se marchó de esta vida después de dejar tras de sí un mundo algo mejor de que lo que era cuando ingresó a este. ¿Cuántos pueden decir eso? ¿Qué más puede lograr un hombre en el breve lapso de su vida? La inmensa mayoría de los mortales pasamos de puntillas por esta luz fugaz, al decir de Macbeth, luchando diaria y difícilmente por superar problemas, y sin dejar detrás de las propias huellas nada trascendente como no sea la esperanza de que los jóvenes sepan hacerlo mejor que uno. Solo unos pocos cavan más hondo en las viejas y podridas estructuras, y permiten que el aire fresco entre y conmueva las lacras con las que convivimos diariamente y en las que no nos agrada pensar. Uno de ellos fue Nelson Mande-

la. Le tocó vivir en un tiempo, y en una zona del planeta, todavía entumecida por el fantasma del racismo, una de las expresiones más estúpidamente irracionales de esta criatura que se precia de estar hecha a imagen y semejanza de un Dios infinitamente justo y sabio. Y si no logró eliminarlo totalmente, sí que supo darle, como gallardo caballero de resplandeciente armadura, algunos golpes mortales. La razón, esa a la que solo de tanto en tanto echamos mano, nos está diciendo diariamente que cualquier juicio global que se pretenda formular sobre la especie humana, favorable o desfavorable, tiene por fuerza que ser errado, porque no han nacido aún, ni probablemente nacerán jamás, dos individuos iguales. Pese a lo cual, somos muy pocos los que no caemos, con una frecuencia indigna de nuestras pretensiones de inteligencia, en sostener que ciertas razas, ciertos credos religiosos, ciertas comunidades nacionales o ciertos núcleos culturales son mejores que otros. Domingo Faustino Sarmiento, a quien los argentinos (y no solo ellos) tienen como un intelectual de formidable vuelo, se expresaba en estos términos: "Los negros viven juntos hasta ahora con el gorila; como el orán ha quedado en la isla de Java". ¿Ignorancia, inmadurez? No; lo sostenía un hombre brillante en 1881, cuando tenía 70 años. Pues bien; Mandela, nacido casi un siglo más tarde, tuvo que desarrollar su existencia en un país invadido, se-

gregado y tiranizado por el *apartheid*, una de las más abyectas e hipócritas teorías políticas que el mundo haya conocido; un sistema que proclamaba la igualdad de las razas, pero su necesidad de mantenerlas separadas. Era, desde luego, un pretexto para el dominio y la explotación. Tuvo ante sí dos caminos: adaptarse y vivir, humillado, tal vez, pero con tranquilidad, o rebelarse, como Prometeo, y resistir. Escogió el segundo, el del compromiso y el riesgo, y ello le significó, entre otras cosas, 27 años en el pozo infecto de una prisión. Cuando recuperó la libertad, todo lo convocaba a la venganza, a la inversión de aquella monstruosa injusticia. Y también, ante estas tentaciones, supo, como Cristo en el desierto, decir que no. Presidió durante cinco años un país dolorido y expectante, al que aún le costaba creer en la posibilidad de convivir en paz. Y obtuvo el más rotundo de los éxitos, que la comunidad internacional reconoció al otorgarle el premio Nobel de la Paz. Claro, no pudo desterrar totalmente el racismo —que es una carretera de doble sentido—, ni hacer que los despreciados de ayer olvidaran sus centenarios agravios, ni que la convivencia interracial fuese la suave caída de un trineo sobre la nieve. Pero dejó sentadas las bases para que eso, en un futuro más o menos lejano, con el sucederse de las generaciones, se vaya haciendo posible. ¿Qué más puede pedírsele a un ser humano? ●

...
EL FÚTBOL BAJO SOSPECHA

EL ESCÁNDALO DE LA FIFA

Ojalá esta medida sirva para limpiar la inmundicia y devolverle al balompié lo que tenía cuando era amateur

LINCOLN R MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

Que el fútbol se ha convertido en un negocio que mueve millones en todo el mundo, lo sabemos hace tiempo. Y que ese negocio no es de los más limpios, también es un hecho conocido. Pero a pesar de esa conciencia previa, la súbita detención el miércoles de siete altos dirigentes de la FIFA que estaban reunidos en Zúrich, Suiza, hecha por pedido de la Justicia norteamericana, ha provocado un escándalo impactante. Los altos jerarcas fueron puestos en prisión por la Policía de ese país, y sacados de la reunión en que estaban enfrascados con una sábana tapando sus rostros. Como si fueran vulgares rapiñeros de barrio. Los detenidos, hasta el momento en que se escriben estas líneas, son siete, como ya se ha señalado, pero los acusados llegan a 14. ¿De qué se les acusa? De soborno (en cantidades cercanas a US\$ 150 millones), organización mafiosa, fraude masivo y blanqueo de dinero; en total, 47 cargos, que podrían implicar 20 años de cárcel para los que sean hallados culpables. Los siete detenidos se negaron a ser extraditados a Estados Unidos, por lo que deberá seguirse un procedimiento judicial para lograrlo. La fiscal general de Estados Unidos, Loretta Lynch, en rueda de prensa desarrollada en Nueva York y ladeada por el director del FBI, James Comey, fue muy explícita al respecto: "Utilizaron sus posiciones de confianza para solicitar sobornos a cambio de los derechos comerciales, y lo hicieron una y otra vez, año tras año,



torneo tras torneo". No vamos a mencionar aquí los nombres de los detenidos ni de los acusados; puede haber, como una flor entre las miasmas, algún inocente entre ellos. Pero si diremos que, según el Departamento de Justicia de Estados Unidos, las acusaciones afectan la elección de Sudáfrica como sede del Mundial 2010, la elección de Joseph Blatter como presidente de la FIFA en 2011, y el patrocinio comercial de algunas selecciones, lograda, según la acusación, ilegalmente. Respecto a la Copa América que se desarrollará en EEUU en el 2016, el mismo Departamento expresó que el dinero del mismo "fue usado como vehículo en una conspiración más amplia para llenar los bolsillos de los directivos con sobornos de un total de US\$ 110 millones, que representan casi un tercio de los costos legítimos de los derechos implicados en los torneos". Y Loretta Lynch resumió así: "Estos individuos y organizaciones incurrieron en sobornos, para decidir quién televisaría los partidos, dónde tendrían lugar y quién controlaría la organización que supervisa el fútbol en el mundo".

Todas las estafas son repugnantes, todos los abusos de poder y los engaños a la gente son reprobables; pero tal vez ninguno lo sea tanto como el que se realiza en la conducción del fútbol, el deporte más popular del universo. Los que lucran con el sentimiento más puro del hincha que alienta a su equipo,

o a la selección de su país, no son más que mercaderes que dejarían al Shylock shakespearino a la altura de una monja carmelita. No hay nada más diáfano y desinteresado que la pasión de un adolescente, o de un hombre o una mujer cualquiera, hacia los colores del club o de la selección que ama. Los que, según todos los indicios, han emporcado esa pureza están comenzando a pagar ahora su conducta. Y no se crea que estas cosas suceden solamente en las altas esferas del fútbol internacional; también en las canchas chicas y en los países pequeños y pobres, como el nuestro, es posible rastrear conductas similares. Ojalá que esta dura medida, cuya pertinencia se demostrará o no en los poderes judiciales correspondientes, sirva para limpiar de una vez tanta inmundicia y devolverle al balompié lo que tenía cuando era, no hace tanto tiempo, un deporte amateur, cuando se jugaba "por la camiseta", como en los tiempos gloriosos de las victorias de la celeste. Hay que hurgar hasta el fondo, y que toda la mugre salga a la superficie. Así lo pide la decencia mínima que hay derecho a exigir a quienes tienen en sus manos la marcha del fútbol. La "tarjeta roja" que las autoridades norteamericanas dicen haber sacado a la FIFA es, en realidad, el primer paso para expulsar a quienes han prostituido una de las diversiones más apasionantes que el mundo haya conocido jamás. ●



LA SELECCIÓN URUGUAYA DE FÚTBOL

¡MIRE QUE SE LE DIJO!

Superado que hubo sido aquel momento excepcional de Lugano, Forlán, Suárez o Cavani, la incompetencia y la (para mí) evidente mediocridad de Tabárez ha vuelto a quedar en evidencia

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

Nome gusta nadar contra la corriente, no veo la gracia de decir sistemáticamente “no” cuando todos dicen “sí” o viceversa, no disfruto con los fracasos de la selección nacional y no tengo nada personal contra ninguno de sus integrantes, presentes y pasados. Tampoco me reconozco otro mérito, para opinar de fútbol, que el de ser un viejo aficionado que lo ha visto en abundancia y que por lo tanto, aunque se equivoca como cualquier hijo de vecino, cree haber aprendido algo. Lo que pasa es que, a partir de las exitosas actuaciones en Sudáfrica y en la Copa América, se han dicho tantas insensateces, se ha perdido de tal manera el sentido del ridículo y se ha payaseado tanto, que cuando las cosas comienzan a mostrarse como verdaderamente son, es imposible no recordar el viejo dicho criollo: “¡Mire que se le dijo...!” Constanza Moreira, por ejemplo, llegó a decir públicamente que los buenos resultados de Uruguay eran consecuencia de la confianza que los gobiernos del Frente Amplio le habían dado al país. ¿Dirá ahora, cuando la taba se ha dado vuelta, que el haber obtenido el triste récord de seis partidos sin ganar en una eliminatoria en la que Brasil no participa, es algo que se relaciona con los desastres de la actual administración? Por supuesto que no;

las idioteces son como las calles flechadas, corren en una sola dirección. Más sensatamente, ante los últimos y paupérrimos resultados de la celeste, hay mucha gente que se está preguntando qué pasa, o qué pasó. ¿Es acaso esta la misma selección que terminó cuarta en el Mundial del 2010 y es la actual campeona de la Copa América? Sí, es la misma, aunque no lo parezca. Un equipo de fútbol es la conjunción de esfuerzos de un núcleo determinado de jugadores y de la idea rectora que debe transmitirles o imponerles una inteligencia exterior a la que se le supone la experiencia y el conocimiento necesarios para ello, amén de la habilidad de manejar los previsibles picos de euforia y depresión de muchachos que andan en torno a la veintena. Dicha inteligencia exterior, en los tiempos actuales, es confiada a una persona que tiene a la vez la responsabilidad de determinar quién juega y quién no (o sea, que oficia de seleccionador) y de decir cómo deben plantearse los partidos. No siempre fue así; el Uruguay de las grandes victorias internacionales, por ejemplo, confiaba la primera a una comisión de selección, y la segunda a un director técnico. En este caso, Óscar Washington Tabárez está a cargo de ambas funciones. Es notorio que ese grupo ya no está respondiendo a lo que de él se esperaba. Lo que no deja de ser natural, porque el momento

culminante de un deportista suele ser tan breve como el soplo de vida de una efímera. Una vez llegada a semejante conclusión, no queda otra salida lógica que señalar al responsable, y ese no es otro que Tabárez. ¿Y los jugadores? Bueno, pero quien los convoca es él. El mismo seleccionador técnico errático, que llevó al fracaso a una gran generación de futbolistas en Italia 90, que apenas arañó (y con mucha suerte a favor) un puesto de repesca en el clasificatorio para Sudáfrica y que, más tarde, apoyado en un momento de extraordinaria brillantez de tres o cuatro figuras (y con el factor aleatorio insólitamente de cara), obtuvo algunos resultados meritorios. Superado que hubo sido aquel momento excepcional de Lugano, Forlán, Suárez o Cavani, la incompetencia y la (para mí) evidente mediocridad de Tabárez ha vuelto a quedar en evidencia. Eso no lo ve el que no quiere. El presidente de la AUF, señor Bauzá, acaba de reafirmar la continuidad de ese responsable al frente de la selección; los hechos demostrarán si es capaz de cambiar drásticamente las cosas. Sinceramente, no creo que lo haga; y soy muy escéptico, por lo tanto, respecto al porvenir de la selección nacional. De manera, lector, que si pasa lo que yo creo que va a pasar, no se enoje conmigo. Porque yo esto lo canté hace mucho, pero mucho tiempo. ●



ILUSTRACIÓN: MINERVA ANDRÉS

...
ÁLVARO RECOPA
FUTBOLISTA DE NACIONAL

EL RESPONSABLE DE LAS HAZAÑAS

Ese tiro libre que dio vuelta un clásico que parecía imposible quedará grabado en la mejor historia del fútbol del país

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

Ya lo he escrito alguna vez, y a propósito de este mismo personaje. Es tendencia natural de la condición humana el regresar a los sitios en los que transcurrieron la propia niñez y la adolescencia, que, al menos miradas tras la pátina de los recuerdos, constituyen la etapa más feliz de la vida.

Las memorias encantadas de la primera luz que deslumbró los ojos, la sensación de estar echando los dientes, la inquietante conciencia de estar vivo, que implica fatalmente la certeza de ese fenómeno oscuro y sobrecogedor que es la muerte, los primeros escarceos amorosos, la íntima y estrecha alianza con los amigos; son todos hechos que tienen el embrujado poder de tocar los abismos del alma con un llamado doloroso y silente, que atrae con la fuerza de los imposibles. Porque entraña, en el fondo, el deseo de recuperar lo que se ha perdido para siempre –el ayer, la juventud– transportado hacia el infinito por las alas del tiempo, ese tirano que desconoce el retorno.

Tal vez sea eso lo que anidó en el ánimo de Álvaro Recoba, aquel jovencito que comenzó a deslumbrar en Danubio con su fútbol imprevisible y tocado por la sonrisa de la belleza, cuando decidió el regreso.

Galvanizó a la parcialidad tricolor en su primer y breve pasaje por Nacional –quién que lo haya visto podrá olvidar jamás aquel gol que le hizo a Wanderers, atravesando toda la cancha con el balón atado al pie y eludiendo adversarios con una sucesión de fintas endiabladas– y luego se fue a la lejana Italia, donde se convirtió en el futbolista mejor pagado del universo. Residió en aquel país muchos años, viviendo con todas las comodidades que pueda brindar la existencia, con una hermosa familia y rodeado

del afecto y la admiración de la gente.

Y, sin embargo, le invadió una nostalgia que para muchos resultará inexplicable, y desandó el camino. ¿A qué y para qué? Aún muy joven –nació el 17 de marzo de 1976–, su carrera estaba lejos de llegar a su fin –vaya si los hechos lo han demostrado–, tenía mucho dinero por ganar y mucha gloria por sumar a la que ya había logrado.

Vivía en uno de los sitios más hermosos del mundo y pudo considerarse, en el sentido más completo del vocablo, un triunfador.

Sin embargo regresó, tal vez para transitar nuevamente por las veredas del barrio que holló con su paso adolescente, como buscando desandar la vida, como si todo lo que había logrado hasta entonces fuera pobre y escaso en comparación con lo perdido.

Pobre Chino. Ya debe haber comprendido lo que su clara inteligencia –porque solo quien es muy inteligente puede jugar al fútbol como él lo hace– sin dudas ya le había susurrado al oído: que le estaba pidiendo a la vida lo único que esta no puede brindarle: la vuelta atrás en el tiempo.

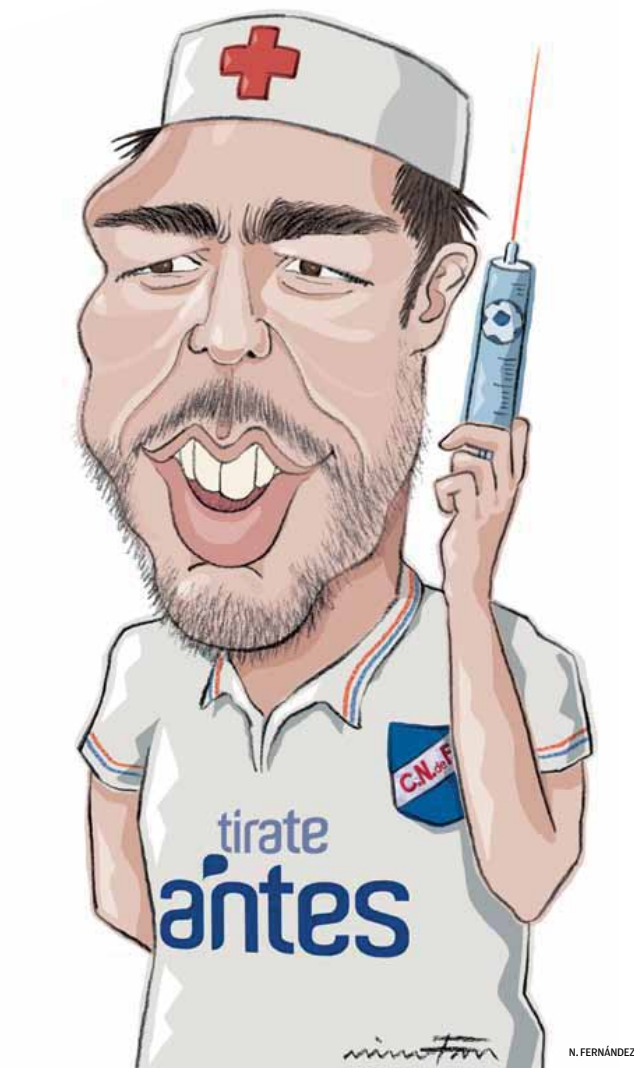
A estas alturas, muchos lo daban por liquidado, por un futbolista sin duda talentoso, pero ya en exceso veterano, con el que apenas se podía contar unos minutos. Y, de alguna forma, esto era

cierto. Lo que pasa es que esos minutos podían ser, y lo fueron el domingo pasado, el escenario de un auténtico milagro, de una de esas genialidades que solo son patrimonio de los escogidos.

Ese tiro libre que anidó en las redes del golero aurinegro y dio vuelta un clásico que parecía imposible quedará por siempre grabado en la mejor historia del fútbol de este país.

Álvaro Recoba, el Chino, el muchachito travieso de Danubio, sigue siendo el responsable de las hazañas, hoy como antaño. ¿Qué importa, en suma, que se tengan 38 años, cuando uno aún es capaz de conmover a todo un pueblo, hasta las lágrimas, como acaba de hacerlo él?

En definitiva, el regreso de Recoba valió la pena, para todos los bolsilludos, desde luego, pero también para él mismo. De haber permanecido en Europa, hubiera ganado mucho más dinero, de eso no cabe duda; pero tampoco la cabe de que no hubiera provocado en el espíritu de millones de personas la potente emoción –esa que no se borra nunca y que pasa de padres a hijos a través de las generaciones– que su histórico tiro libre del último instante del partido clásico generó. Y eso, esa memoria indeleble, la de los grandes ídolos del fútbol de todos los tiempos, vale más, muchísimo más que todas las liras o los dólares del mundo. ¿O no? ●





LA DESPENALIZACIÓN DEL ABORTO

UNA LEY DESDICHADA E INÚTIL

El tema es profundo, enraiza con convicciones filosóficas y apunta directamente a la conciencia personal, todo lo cual quedó de manifiesto en la discusión parlamentaria

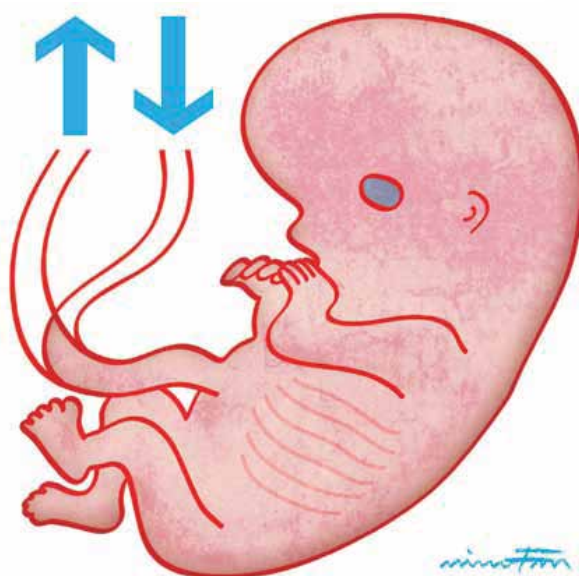
LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

linmaica@hotmail.com

Cuando una decisión legislativa deja a todo el mundo disconforme, es difícil que resulte buena. Y eso es, precisamente, lo que sucede con el proyecto de ley que despenaliza las prácticas abortivas, al tiempo que pretende someterlas a determinadas condiciones previas. Los defensores de la legalización (que no siempre es lo mismo que los defensores del aborto) sostienen que el texto es limitativo, parcialmente inaplicable e insuficiente a la luz de sus pretensiones; de hecho, algunas mujeres desnudas, con el cuerpo pintado, se manifestaron frente al Palacio Legislativo como forma de protesta, sin duda colorida en todos los significados posibles del término. Y los que están en la posición contraria, o sea, los que aspiran a que la interrupción voluntaria de la vida intrauterina se mantenga en la ilegalidad, sienten y expresan que se ha autorizado una forma de homicidio. También este bando tuvo sus manifestantes, que se presentaron, al menos en la vestimenta, dentro de un estilo mucho más tradicional: emplearon una remera amarilla. El tema es profundo, enraiza con convicciones filosóficas y apunta directamente a la conciencia personal, todo lo cual quedó de manifiesto en la discusión parlamentaria. Globalmente hablando, el Frente Amplio estaba a favor de la iniciativa, los partidos fundacionales estaban en

contra y el Partido Independiente, que tuvo en este asunto un momento estelar (ya que el concurso del diputado Iván Posada resultó decisivo en la redacción del proyecto y aportó el voto que faltaba para aprobarlo), quedó dividido. Pero las cosas fueron bastante más complejas que lo que parece indicar esta distribución básica; el representante frenteamplista por el departamento de Salto, Andrés Lima, votó en contra arguyendo sus convicciones religiosas, y ya hay presuntos “compañeros” suyos que están pidiendo que se lo mande al Tribunal de Disciplina, o como se llame. Otro diputado de la coalición gobernante, Darío Pérez, tuvo una intervención altamente emotiva, vinculada a una dolorosa experiencia personal, y se retiró de sala (al parecer, llorando) para escapar del dilema de hierro de votar una ley con la que discrepa u oponerse a sus conmititones; el suplente que entró en su lugar votó a favor. Dentro del Partido Colorado, el joven legislador Fernando Amado manifestó su opinión favorable a la despenalización, criticó a su propio partido y se retiró también de sala, en este caso para no tener que manifestarse en contra del proyecto y de sus convicciones. El Partido Nacional se opuso sin fisuras, y uno de sus representantes, Pablo Abdala, expresó la voluntad de convocar un referéndum derogatorio en el caso de que el Senado convierta la iniciativa en ley. Y el Par-

tido Independiente no solo, como ya se señalara, votó dividido, sino que vivió una fuerte tensión interna; el diputado Daniel Radío dijo que la despenalización, por relativa que sea, significa un “retroceso en términos civilizatorios”, y por esas expresiones fue duramente criticado por Iván Posada, quien lo acusó de haberlo “descalificado en público”. En fin, más allá de algunas expresiones fuertes, de la estupidez supina de algún desubicado de los que nunca faltan (Esteban Pérez se llevó la palma con su afirmación de que “aquí los que no quieren legalizar el aborto es porque cuidan su chacrita”) y de incidentes menores, el debate se desarrolló con normalidad y la aprobación parcial del texto se logró. Ahora no estará Tabaré Vázquez para imponer veto alguno, por lo que es de prever que esta vez (la tercera es la vencida) la polémica práctica será legal en este país. ¿Cambiarán mucho las cosas con ello? Personalmente, lo dudo; no solo porque las condiciones que se establecen son muy difíciles de cumplir, sino porque el aborto no es ni dejará nunca de ser lo que es: un mero y vulgar homicidio, realizado con premeditación y alevosía contra la más bella de las esperanzas, la de la vida que apunta. Como tal, seguirá refugiado en los resúmenes de la sociedad, amparándose en los recovecos más turbios de lo clandestino y en la cobardía del anonimato. ●



N. FERNÁNDEZ

● Y CUANDO YA HABÍA GENTE QUE AFIRMABA LA INEVITABILIDAD DE LA TRAGEDIA Y SOSTENÍA QUE NO HABÍA OTRA POSIBILIDAD QUE LA DE RESIGNARSE, EL 22 DE AGOSTO SE PRODUJO EL MILAGRO: UNA NUEVA SONDA APORTÓ UN LACÓNICO MENSAJE: "ESTAMOS BIEN EN EL REFUGIO LOS 33"

Los otros Treinta y Tres

POR LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

El extinto dictador Augusto Pinochet comentó en una ocasión, frente a las cámaras de todo el mundo: "Dicen que Dios es chileno; y tal vez sea verdad". Una "boutade" que revela el índice intelectual del personaje; al menos, eso es lo que muchos creímos entonces. Sin embargo, al conocer la increíble suerte (en el doble significado del vocablo: como destino y como fortuna) de los 33 mineros chilenos que quedaron atrapados a 700 metros de profundidad y que, luego de 17 días pasados en las condiciones más penosas, fueron encontrados (aunque no rescatados aún) con vida y, en apariencia, en buen estado de salud, uno tiende a creer que Pinochet tenía más razón de lo que se había supuesto. Esta sección se supone dedicada al personaje —en principio, individual— que, durante la semana, ocupó el centro, o uno de los centros, del interés público; pero a veces hay que moverse con amplitud. Si la semana pasada el personaje fueron dos, esta vez son 33, como los Orientales. No cabe duda alguna de que los 33 naufragos de las profundidades de la tierra han acaparado el comentario atónito y la simpatía de la gente, incluso en países lejanos como el nuestro. Los hechos son bastante conocidos, pero conviene evocarlos, porque su mera enunciación resulta mucho más elocuente que cualquier comentario o reflexión. El 5 de agosto se produjo un derrumbe en la mina de oro y cobre de San José, en la región chilena de Atacama; 33 trabajadores quedaron enterrados a 700 metros. Funcionaba una chimenea de ventilación, por la cual pudieron haber sido liberados sin mayores inconvenientes; pero por razones no suficientemente explicadas, el rescate se demoró y el 7 se produjo un segundo derrumbe que bloqueó esa vía e hizo que el accidente se volviera en extremo dramático. Mientras familiares y amigos aguardaban con angustia, las autoridades chilenas trajeron máquinas modernas a través de las cuales creían poder



NINO FERNÁNDEZ

suministrar alimentos a los atrapados e iniciar excavaciones, en un suelo mayoritariamente de piedra. Se había perdido todo contacto, y a 10 días del accidente se ignoraba si había aún gente viva en el interior de aquella trampa letal.

El ministro de Minería, ingeniero Laurence Golborne, constituido en principal responsable de las tareas de rescate, dijo, el 12 de agosto, que las posibilidades de encontrarlos con vida eran bajas. Semejante pesimismo llegó a su

punto culminante el 19, cuando una sonda que se logró enviar alcanzó los 720 metros de profundidad sin encontrar nada. Y cuando ya había gente que afirmaba la inevitabilidad de la tragedia y sostenía que no había otra posibilidad que la de resignarse, el 22 de agosto se produjo el milagro: una nueva sonda aportó un lacónico mensaje: "Estamos bien en el refugio los 33". Todo Chile, y las personas sensibles de todo el mundo (entre los que no parecen contarse algunos de los propietarios de la empresa minera, que provocaron general indignación al afirmar que no podían garantizar el pago de los jornales a los trabajadores cuya desgracia era, sin embargo, en parte responsabilidad de ellos) exultaron de alegría. Y sin embargo, no es posible rescatar a las víctimas antes de un lapso que se estima en cuatro meses. Parece increíble; con los medios técnicos más modernos y sofisticados a disposición, las autoridades de la nación transandina han tenido que reconocer su incapacidad de evitar la larga temporada en el infierno que deberán pasar las señaladas víctimas. El hecho da la pauta de cuán limitado es el poder de la especie humana cuando debe enfrentarse a determinadas catástrofes. La vida y la seguridad de los sepultados no parece correr riesgo; se han instrumentado formas de hacerles llegar alimentación y medicamentos, y se han creado condiciones que les permiten comunicarse con el exterior; pero cuatro meses, a los que hay que sumarlos más de 20 días que ya llevan en su situación, parecen demasiados para la resistencia psicológica de cualquier ser humano. Quiera Dios (que desde luego no es chileno, pero en ocasiones lo parece) que todo termine de la mejor manera posible, y que estos trabajadores puedan contar a sus hijos y nietos, ya serenos y al calor del añorado hogar, su odisea como una peripecia extraordinaria de sus respectivas existencias. Sin embargo, ya es inevitable que a todos nos quede un sabor amargo ante esta nueva evidencia de lo poco que somos cuando la Naturaleza, por el juego de su misteriosa mecánica o como consecuencia de omisiones y errores que no debieron ocurrir, desata su sobrehumana energía.

linmaica@hotmail.com



LO QUE ACONTECE EN VENEZUELA

BIENVENIDO, NICOLÁS MADURO

Ni por el cumplimiento de las leyes ni por la custodia de los derechos humanos, Venezuela es hoy ejemplo para nadie

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

linmaica@hotmail.com

Nicolás Maduro, presidente de Venezuela, vendrá a la toma de posesión del Dr. Tabaré Vázquez. Está bien. Incluso los tiranos –y hasta los tiranuelos– pueden venir a la asunción de un mandatario democrático. Pero que no se diga, por favor, que Maduro está a la cabeza de un gobierno de esas características. La democracia, como bien dijera en una ocasión Winston Churchill, no es el gobierno de las mayorías, sino aquel que garantiza los derechos de las minorías. Y eso no es lo que impera hoy en la República Bolivariana, qué esperanza. En ese país hermano, el régimen que se dice revolucionario destituye funcionarios, mete presos a los opositores y reprime con brutalidad toda forma de oposición. Que lo diga, si pudiera, el joven Kuiliverth Roa, de apenas 14 años, que fue abatido de un balazo por la Policía, mientras se manifestaba en contra de la escasez y el hambre en la ciudad de Táchira. No fue simplemente una desgracia, o un hecho aislado: se suma la destitución ilegal del alcalde de Caracas, Antonio Ledezma, y a la prisión de algunos de los más destacados líderes de la oposición, ante la aquiescencia explícita de Maduro y sus secuaces. Si efectivamente el mandamás venezolano viene a Montevideo –para usar palabras de Wilson Ferreira Aldunate referidas al dictador argentino Jorge Rafael Videla– lo recibiremos sin cordialidad ni afecto, pero le daremos la protección que él no dio a aquellos que hoy estamos llorando. Ni por los procedimientos de elección, ni por el cumplimiento de las leyes, ni por la custodia de los derechos humanos, Venezuela es hoy ejemplo para nadie. ¿Cómo se entiende, entonces, que un sector mayoritario del Frente Amplio (al menos aquel que aún sueña con la “revolución socialista”) haya emitido una proclama en defensa y elogio de semejante régimen, que está en las antípodas de lo



N. FERNÁNDEZ

que en el mundo entero se entiende por democracia? ¿Habrà que terminar pensando que en el interior de la coalición de izquierda que hoy gobierna nuestro país existen individuos que se inclinan por el autoritarismo y sus inevitables secuelas, la debacle económica y las víctimas inocentes? Resulta difícil de creer, pero los hechos –y las palabras– son elocuentes. Digamos, con rapidez, que no todos los dirigentes frenteamplistas (ni qué hablar de los votantes) miran las cosas desde ese punto de vista: entre otros, Rafael Michelini y Esteban Valenti se han pronunciado en contra del respaldo que el FA ofrece a Maduro. Pero ahí está la declaración de toda la fuerza política hablando de conspiraciones “de la derecha y el imperialismo”, justificando lo injustificable. La oposición uruguaya en pleno, blancos, colorados y votantes del Partido Independiente, en cambio, no han mostrado fisuras en su condena, lo que nos llena de orgullo. Se me ocurre que lo que está sucediendo en Venezuela es peor que lo de Cuba; allí, en la isla, una revolución derrocó en un lejano 1959 a una tiranía abyecta y liberticida, e instaló un régimen comunista que, con el andar del tiempo, se fue transformando en una dictadura aun peor que la que dejó atrás. Ese régimen, en tiempos de la

guerra fría, motivó un embargo comercial (no un “bloqueo”, por favor) por parte de Estados Unidos que, según algunas corrientes de opinión, arrojó a Fidel Castro al seno de la URSS. No justifico, pero trato de entender, el apoyo que ese sistema ha recibido y sigue recibiendo de sectores de la izquierda latinoamericana. Pero en Venezuela no ha sido así; la URSS ya no existe, el comunismo se ha caído como un castillo de naipes y no hubo, previamente al golpe de Hugo Chávez, una dictadura a la que eliminar. Lo que está sucediendo en estos momentos en Venezuela no es sino una forma criolla de fascismo puro y duro. Represión, escasez de productos de primera necesidad, miseria y temor es lo que registran quienes se han atrevido a visitar esa República, a la cual, de tal, solo le va quedando el nombre. Bienvenido Nicolás Maduro, entonces, si llega a nuestra capital. Podrá ver a un país plagado de problemas en el cual, sin embargo, se realizan elecciones libres y se traspasa el poder a los vencedores con toda normalidad. Además, podremos gritarle en la cara que no es otra cosa que un tiranuelo abyecto, que está dejando a su país a la cola del subcontinente. Por lo menos quien esto escribe, no tiene intención de dejar pasar esa oportunidad. ●

●●●
FERNANDO LORENZO
EXMINISTRO DE ECONOMÍA

LOS PELIGROS DE JUGAR CON LA ÉTICA

El caso Pluna y el efecto de una granada de fragmentación hacia la interna del gobierno

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com.



El escándalo se veía venir; si algo provocó extrañeza, fue que haya tardado tanto en estallar. La catástrofe de Pluna era demasiado grave, demasiado pesada, demasiado estrafalaria como para que pasase sin consecuencias notorias. Más allá de intenciones, más allá de juicios éticos o políticos sobre la actitud de las personas que tuvieron relación con el tristísimo final de las otrora orgullosas Primeras Líneas Uruguayas de Navegación Aérea, la cosa no podía dejarse pasar así como así. Cualquier ciudadano uruguayo con algunos años encima del cuerpo recordará sin duda las leyendas “Pluna es soberanía”, que adornaban los muros de Montevideo cuando gobiernos anteriores, de otros signos, trataron de salvar la aerolínea asociándola con otras empresas del ramo. Y aunque estas tentativas no salieron bien, las pérdidas ocasionadas al país fueron infinitamente menores que las que provocó su abrupto y desprolijo cierre.

El tema demuestra, entre otras cosas, que lo de identificar la soberanía con la propiedad estatal de una empresa es una solemne estupidez, de regusto totalitario. Y que cuando a un país se le presentan problemas de difícil solución, las posiciones dogmáticas, de uno y otro extremo, son siempre las peores. Solo faltaría que ahora apareciera el Olesker de turno para afirmar, muy suelto de cuerpo, que a Pluna hubo que cerrarla debido a las “políticas neoliberales” de la década de

1990. No, por favor: basta de payasadas a la violeta. Cerebros mejor dotados del que pone a disposición de los lectores el autor de esta nota, terminarán por demostrar, tal vez, dónde se cometieron los errores, o si, sencillamente, la aerolínea, en el mundo de hoy, era inviable. Lo que ha quedado claro –y es sin duda lo menos negativo de todo esto– es la comprobación de que nadie posee la varita mágica para salvar lo insalvable. Y que nadie, nadie, está libre del peligro que se sospeche de su integridad ética cuando se ocupa un alto cargo público.

Aquí fallaron todos los que tuvieron algo que ver con el tema, los de antes y los de ahora. Pero el chivo expiatorio parece haberse constituido sobre la cabeza del hasta este momento intocable ministro de Economía, Fernando Lorenzo. Se ha pedido su procesamiento por el delito de “abuso innominado de funciones”, el mismo por el cual un hombre de impecable conducta ética, como el exministro del gobierno blanco Enrique Braga, calumniado soezmente por un personaje insignificante de esos que, como decía Eduardo Acevedo Díaz, son como el corcho que flota un instante sobre la superficie antes de hundirse en la nada (por si a alguno le quedaran dudas, estoy hablando del entonces fiscal Hugo Barrios), fue crucificado hasta el martirio. En aquellos tristes años, a la enorme mayoría de la dirigencia del Frente Amplio la vaga fórmula prevista en el Código Penal no le parecía contraria a la Constitución; hoy, cuando los acusados

militan en su seno, sí se lo parece, y pretenden derogarla. Estas contradicciones suceden cuando se emplean los comportamientos morales con elasticidad de chicle, y se les estira o reduce según convenga. No pienso caer en lo mismo que aquí estoy condenando con todas mis energías: no tengo razones para sospechar de la honestidad de Fernando Lorenzo, y mis críticas, al abordar este punto, se reducen al acierto o no de su desempeño. Esto, que quede clarísimo. Tan claro como el peligro de jugar con el buen nombre y la honestidad de los demás, política que, como un búmeran, más tarde o más temprano, se vuelve contra los que la inventaron. El Frente Amplio llegó al poder con un discurso de fuerte contenido ético, en el que logró (por lo visto, con éxito) posicionarse ante la ciudadanía como el paladín de la honestidad y la limpieza de procederes. De esta forma, muchos incautos se convencieron de que el país se dividía entre los honestos, que estaban de un lado, y los demás, que primero tenían que demostrar que lo eran porque por el solo hecho de militar donde lo hacían –los partidos tradicionales– eran sospechosos de inmorales. Tal vez este colapso de Pluna, que ha dejado claro que nadie tiene el monopolio de la honestidad, sirva para que este tajo artificioso e injusto, que divide a los orientales por el medio y hace imposible cualquier política de alcance nacional, no se vuelva a repetir. Si así fuese, todos tendríamos razones para estar satisfechos. ●

●● ESCRIBIÓ MÁS DE 4.000 NOVELAS Y VENDIÓ EN TODO EL MUNDO MÁS DE 400 MILLONES DE EJEMPLARES. LA PEDANTERÍA INTERNACIONAL SOLÍA PONERLA COMO EJEMPLO DE "LITERATURA-BASURA". SU REIVINDICACIÓN LLEGÓ CUANDO EN 1994 EL LIBRO GUINNESS LA INCORPORÓ COMO LA ESCRITORA MÁS LEÍDA EN LENGUA CASTELLANA, SOLO SUPERADA POR CERVANTES

El erotismo de los nobles sentimientos

POR LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

Hubo un tiempo en que la televisión no existía, o era lujo de pocos, y en el que las computadoras aún parecían un artificio de ciencia-ficción. En aquellos añorados años, se mataba el tedio cotidiano escuchando las radionovelas —cita obligada de las amas de casa— o leyendo. Como las revistas de historietas (que aún no se llamaban "comics") eran el reino exclusivo de los párvulos, los adultos que no querían complacerse la existencia se refugiaban en la lectura de novelas cortas, editadas en formato de bolsillo, que podían adquirirse por unas pocas monedas en el quiosco y cambiarse por otras una vez que se habían leído. En el mundo de habla hispana, la Editorial Bruguera explotó hasta el paroxismo esta veta comercial. La rentable industria se movía en torno a dos ámbitos; las narraciones del Oeste norteamericano —cuyo interés era suscitado desde la pantalla cinematográfica por los grandes "western"- y las historias románticas, de apasionados amores culminados en un final feliz.

El primero de estos géneros tuvo como adalid a Marcial Lafuente Estefanía (1903-1984), un toledano asombrosamente culto, ingeniero industrial, que decidió un día seguir el consejo de Enrique Jardiel Poncela ("Escribe para que la gente se divierta, es la única forma de ganar dinero con esto") y publicó más de 2.600 novelas del Oeste a lo largo de 40 años, a razón de una por semana. Las prisas —porque hay que terminar una novela por semana— lo llevaban a veces a matar al mismo personaje dos veces, o a escribir frases antológicas, como "era jueves, y sin embargo, llovía". Pero el resultado comercial era brillante. El ancho mundo del romanticismo tuvo su mentora en Corín Tellado, nacida en Viesques, municipio de El Franco, Asturias, en 1927 y fallecida en Gijón esta semana. Su capacidad de trabajo era tan extraordinaria que superó a Estefanía por golea-



da: entre su primer obra, *Atrevida apuesta*, publicada en 1946, y la última que editó, *Amargos sentimientos*, de 1990, escribió más de 4.000 novelas y vendió en todo el mundo más de 400 millones de ejemplares. La pedantería internacional solía ponerla como ejemplo de "literatura-basura", apta sólo para matronas semianalfabetas. Su reivindicación llegó de la mano de las estadísticas: en 1994 el Libro Guinness de los Records la incorporó como la escritora más leída en lengua castellana, sólo superada por Cervantes. A partir de esos datos, el interés de los escritores "en serio" aumentó de manera sideral. ¿Qué suerte de imán vinculaba las narraciones de esta mujer discreta y hogareña al interés de las grandes masas? Guillermo Cabrera Infante señaló que las novelas de Corín Tellado habían ejercido gran influencia en su decisión de dedicarse a escribir. Mario Vargas Llosa, luego de aclarar cuidadosamente que no había leído ninguna de sus obras, dijo, que "daba a sus lectoras esa ración de fantasía e irracionalidad sin la que no podemos vivir", y Francisco Umbral la definió como "inventora del erotismo del corazón y de los sentimientos". Sus últimos años le aportaron la gloria que hasta entonces se le había negado: Hija Predilecta de El Franco, medalla de plata del Principado de Asturias, medalla de oro del Mérito en el Trabajo, Hija Adoptiva de Gijón, etcétera. Imperturbable, María del Socorro Tellado parecía no conceder importancia alguna a esas distinciones, y sostuvo, con inefable agudeza, que debía su éxito a la censura franquista, que la forzó a inventarse finales siempre culminados en boda santa y cristiana y melló su natural tendencia a un erotismo más crudo, que hubiera mejorado el juicio crítico de sus pares pero habría deteriorado su formidable cordón umbilical con el gusto de la gente sencilla. Hoy, cuando parece inminente la extinción de la lectura como solaz, esta menospreciada Corín Tellado se yergue como colosal heroína de la palabra escrita puesta al servicio de los sentimientos nobles y sencillos del corazón humano. No ha sido otro, en la cultura universal, el empeño de los grandes poetas.

linmaica@hotmail.com

...
LOS NAUFRAGIOS DEL MEDITERRÁNEO

UNA JUSTA DISTRIBUCIÓN DE LAS RIQUEZAS

Uno de los elementos más nefastos de estas desgracias fue la indiferencia de la población

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

El mundo siempre se dividió en países ricos y países pobres, eso no es novedad. Pero los nuevos medios de transporte y, sobre todo, la publicidad, que promete paraísos que luego pueden costarte la vida, han hecho que los flujos migratorios del mundo subdesarrollado al industrial hayan aumentado y dado lugar a un negocio repugnante, que se parece mucho al tráfico de esclavos. Uno de los mayores y más graves (por sus consecuencias) es el que se produce entre los países africanos y Europa. El reciente naufragio, frente a la isla de Sicilia, de un barco que provenía de África ha costado la vida tal vez a miles de personas, cuyo único delito era el de buscar un porvenir mejor para sí mismos y para sus hijos. Se ha forjado una situación por la cual inescrupulosos de diversos países transportan, a bajo precio, personas desde Libia, Marruecos y otras regiones africanas, fundamentalmente hacia Italia, pero también hacia España o Grecia. Los inmigrantes, por supuesto ilegales, viajan a veces en las bodegas de los barcos, lo que hace casi imposible que, en caso de accidente naval, puedan salvar la vida. Las cifras son espeluznantes: en el 2012 se calcula que los que llegaron (o no llegaron) a los países europeos desde el continente africano fueron 15.400 personas; en el 2013 se llegó a las 40.000, y en el 2014, 170.760. Los que tienen la suerte de desembarcar ilesos corren el peligro de ser expulsados

nuevamente a sus países de origen, pero ello no impide que cada vez más personas lo intenten. El pasado fin de semana, como ya se ha señalado, se hundió un barco en el canal de Sicilia, del cual se rescató a 28 personas, lo que supone una cifra aproximada de 700 ahogados. El Mediterráneo, el viejo Mare Nostrum de los antiguos romanos, corre el peligro de transformarse en un inmenso sepulcro líquido. El presidente del gobierno italiano, Matteo Renzi, ha manifestado su preocupación (bueno fuera que no) por esta creciente tragedia, y se ha comprometido a combatir por todos los medios a "los traficantes de seres humanos", pero además ha dicho, con razón, que los demás países de la Unión Europea, en especial los que tienen costas sobre el mar, deben colaborar en ese combate más de lo que lo han hecho hasta ahora. Uno de los elementos más nefastos de estas desgracias ha estado constituido por la indiferencia, o casi, de la población en general, que los ha tomado como meros accidentes. Se habla de la instrumentación de algunas medidas, como la Operación Tritón, que procuraría impedir, hasta donde ello fuera posible, este flujo, pero ello no es suficiente, a mi juicio. Mientras las riquezas del planeta sean distribuidas de manera flagrantemente injusta, mientras haya gente que en sus lugares de origen no tenga recursos para vivir dignamente en tanto que en sitios más o menos cercanos se disfrute de todos los elementos que hacen posible

subsistir cargados de riquezas y comodidades, que se agitan ante las narices de los necesitados por medio de los medios de difusión, no habrá Operación Tritón que te valga. Seguirá habiendo inmigrantes ilegales, continuará el tráfico de seres humanos y las tragedias se repetirán. El mundo ha progresado, tecnológicamente hablando, de forma espectacular en los últimos años.

Pero la distancia entre los países ricos y los demás no ha hecho sino ampliarse. ¿Es que, acaso, no es posible adoptar medidas, por revolucionarias que ellas sean, que permitan disminuir esa brecha? Caída la ilusión del comunismo, la respuesta no es sencilla, pero somos muchos los que nos resistimos a creer que este gravísimo problema –la desigualdad– no tiene solución. La tiene, siempre que la generosidad y la virtud –esencialmente cristiana– de la caridad primen por sobre el egoísmo y la soez exhibición de los propios lujos. Organizaciones internacionales existen con poderes suficientes como para intentar esta auténtica revolución, que, de producirse, sería la más fulgurante y necesaria de la historia de la humanidad. Los hombres –dicen los textos constitucionales de casi todos los países del mundo– nacen y permanecen iguales ante la ley. Extender esta igualdad, o disminuir las desigualdades entre los pueblos, en el disfrute de las riquezas es la gran tarea del momento. La tragedia del Mediterráneo es un llamado a emprender urgentemente esa tarea. ●



Un ladrillo en el bolsillo

RECORTES DE HISTORIA HOY: EXILIADOS Y VIAJEROS

Lincoln R. Maiztegui Casas

Decía Bertolt Brecht que los exiliados tienen que andar por el mundo con un ladrillo en el bolsillo, para mostrar cómo era la casa que perdieron. Ahora que estoy en España, me vino a la cabeza aquella máxima, porque en esta misma tierra pasé, durante la última dictadura, mi propio exilio.

Anduve con el ladrillo durante ocho años. Ocho años de ausencia forzosa de mi patria, que se prolongaron durante otros ocho, más o menos voluntariamente, porque el exilio es una forma de violencia y, como tal, se sabe cómo y cuándo empieza, pero no cómo y cuándo terminará. Ocho años intentando

que los españoles, en mi caso, aceptaran que Uruguay no era un país cualquiera de América Latina, que los uruguayos –u orientales, como nos gusta decir– teníamos veleidades de civilizados y progresistas, que durante más de un siglo no habíamos conocido al clásico militar mesiánico, común en la historia de otros dolientes pueblos del subcontinente, que dice querer “salvar la Patria” no se sabe de qué ni de quién, y que, para salvarla, la arrasa hasta los cimientos. Que teníamos dos de los partidos políticos más antiguos y sólidos del mundo, que en nuestra historia la democracia fue la norma y la prepotencia una rara circunstancia, y que lo que nos estaba pasando a partir de febrero de 1973 era una tragedia excepcional, de la que saldríamos más temprano que tarde, porque no aceptábamos ni sabíamos vivir encadenados.

Insolencias

La verdad es que convencí a poca gente; es tan fuerte la imagen de América Latina como tierra de violencia y dictaduras, que mis objeciones eran recibidas con una sonrisa paternalista y escéptica. Tuve, incluso, que soportar, a veces, insolencias, como la

●●●

Ocho años de ausencia forzosa de mi patria, que se prolongaron durante otros ocho, más o menos voluntariamente, porque el exilio es una forma de violencia y, como tal, se sabe cómo y cuándo empieza, pero no cómo y cuándo terminará

del poeta Marcos Ana, a quien habíamos recibido en Uruguay como un héroe por haber pasado 20 años en las cárceles franquistas: en una ocasión se acercó y me dijo, con una sonrisa sobrada de ignorante: “La verdad es que es patética la competencia que tenéis entre vosotros los sudamericanos para quedaros con el dudoso galardón de tener la dictadura más asesina”. O como la de un representante del partido socialdemócrata

UN TUPAMARO EN YANQUILANDIA

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

En 1889, el novelista norteamericano Mark Twain (1835-1910) publicó una novela que, ya desde el título, provocó asombro y curiosidad: *Un yanqui en la corte del rey Arturo*. Por supuesto, los señalados sentimientos se basaban en que, en tiempos del legendario monarca británico de la Mesa Redonda y Camelot, los yanquis no existían. Supongo que si a alguno le da por escribir, en la actualidad, un relato que se titule *Un tupamaro en la Casa Blanca* generaría tanta sorpresa, curiosidad y desconcierto como el gran autor de *Las aventuras de Tom Sawyer*.

Vaya por delante que el presidente constitucional de Uruguay ha hecho bien en aprovechar la ocasión que se le brindara de visitar la opulenta sociedad estadounidense y de reunirse con su presidente, Barak Obama; hacerlo

no implica renunciar a las críticas que se puedan haber hecho entonces y se hagan hogaño a la política de esa gran nación, convertida para un sector nada despreciable de la opinión pública universal en arquetipo de una nueva forma de imperialismo. Negarse a viajar a Washington por razones de presunta coherencia no hubiera sido otra cosa que una gigantesca expresión de estulticia.

Ahora bien: otra cosa es que se haya aprovechado bien, en beneficio de nuestro país, ese periplo. La opinión pública ha simplificado la visita de Mujica a la superpotencia del norte y la ha reducido a su reunión con Obama, pero la cosa fue mucho más rica. Amén de ese encuentro con el primer presidente de raza negra de Estados Unidos, Mujica, cuya imagen internacional goza de un prestigio que desde estas tierras, y al menos a algunos, nos resulta difícil de entender, fue recibido por representantes de la Cámara de Comercio (ante los cuales se mostró descarnadamente

sincero: dijo que a los uruguayos no les gusta trabajar mucho y que se carece de personal capacitado como para llevar a buen puerto ambiciosos proyectos de infraestructura) y por la American University, ámbito académico en el cual se reunió con el decano del Instituto de Servicio Internacional, James Goldgeier.

Sin duda, pese a todo, lo fundamental es lo que pudo haberse conseguido en la reunión con Barak Obama, que duró bastante más de lo que estaba previsto y que probablemente hizo subir los colores al rostro del mandatario compatriota cuando su colega lo definió como un hombre que goza de “extraordinaria credibilidad cuando se trata de cuestiones de democracia y de derechos humanos”.

Lo que ha trascendido hasta el momento es que Mujica pidió apoyo a su par norteamericano para el combate que su administración está llevando a cabo contra las tabacaleras (en particular contra la em-

presa Philip Morris) y le recordó el “bloqueo” (que no es tal, como ya lo he dicho, sino un embargo comercial) a Cuba, pidiéndole que lo levantara. Obama, que no tiene un pelo de tonto, lo mandó a los palos con toda delicadeza: “Hágame el favor, vaya a convencer a los republicanos”, le dijo.

Algo similar sucedió cuando Mujica expresó a su colega su padecer de que no debería haber detenidos sin condena en la cárcel de Guantánamo: “Yo no soy un rey” –dijo Obama. Todo esto (las diversas reuniones con autoridades políticas, económicas y académicas), el notorio interés y la simpatía que despierta el presidente compatriota, sin duda porque se le ve como un hombre que vive de acuerdo a lo que predica y piensa, no parece (al menos por lo que se sabe hasta el momento en que se escriben estas líneas) haberse traducido en un respaldo –que vaya si sería importante– para afrontar los grandes problemas que el actual gobierno no ha logrado solu-

cionar: la creciente inseguridad (particularmente en los medios urbanos) y la mala calidad de un sistema de enseñanza que, otrora, supo ser el principal orgullo de Uruguay.

De modo que para hacer un balance medianamente adecuado y justo de la visita presidencial a lo que algún día juzgó como el corazón del Imperio, habrá que aguardar su regreso, munirse de paciencia y ver cómo se desarrollan los hechos.

Y no olvidar algo que ya tenía claro el viaje Artigas y que conserva toda su vigencia, por interconectado que esté el mundo hoy en día: está bien pedir que te apoyen, pero, en definitiva, nada podemos esperar sino de nosotros mismos. ●



CARLOS MAGGI

ENSAYISTA, ESCRITOR E HISTORIADOR

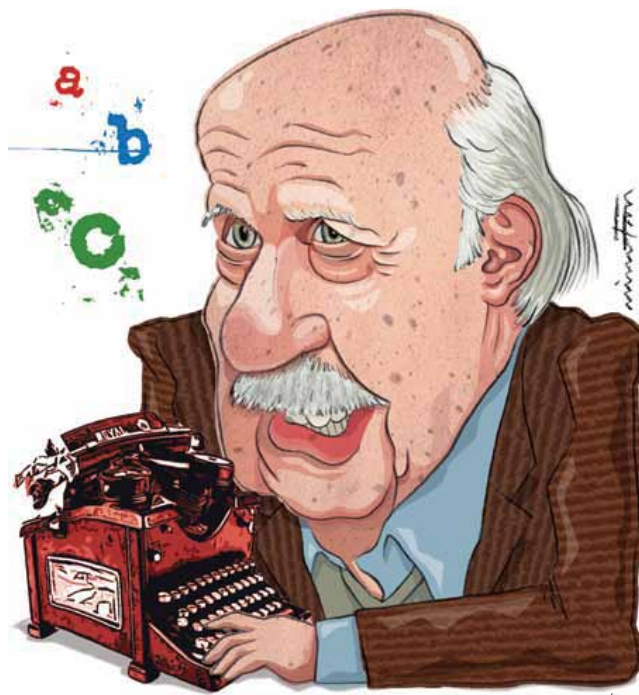
LA PARTIDA DEL MAESTRO

Ya no tendremos en vivo la luz de su pensamiento, su verbo pintoresco y variado; en fin, su magisterio

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

linmaica@hotmail.com

Fue una sorpresa para todos. Lo había visto, en plena forma pese a sus 92 años, en el homenaje que se hizo hace pocos días a Maneco Flores Mora, y su lucidez continuaba intacta. Los diarios titularon: “Murió el historiador Carlos Maggi”. Qué pobre parece ese título en comparación con la obra gigantesca de este compatriota que acaba de dejarnos. Carlos Maggi, que había nacido en Montevideo el 5 de agosto de 1922, fue, quién lo duda, un gran historiador, artiguista sin fisuras, y expositor cargado de rigor y amenidad. Pero, como dijera mi amigo Juan Carlos Raffo, fue más, mucho más que eso. Ensayista, sociólogo, dramaturgo, escritor en la más amplia acepción del vocablo y hasta cineasta, Maggi fue, hasta el último de sus días, la encarnación viva de aquel Uruguay culto y creativo que hemos perdido en los andariveles de la historia. Andaba yo por mis 20 años –que los tuve algún día, aunque quien me conozca ahora no pueda creerlo– cuando cayó en mis manos *El Uruguay en que vivimos*, y su lectura me dejó literalmente anonadado. ¿Pero cómo? ¿No era que el Uruguay, mi patria, era un ejemplo de democracia estable y de nivel cultural para todo el mundo? La visión de Maggi, en este libro medular, nos decía otra cosa, que los años sucesivos no hicieron más que confirmar. Toda la estructura de la sociedad oriental era endeble, y se precipitaría en los abismos, lo que efectivamente sucedió. Maggi fue el primero, o uno de los primeros, en verlo, con



prístina lucidez. Se le ha situado en la llamada Generación del 45, pero su figura y su obra no admiten subsumirse en ningún colectivo. Tal vez lo más notable de su personalidad haya sido que, tras la visión crítica que tenía de la nación y de sus rumbos, en toda su amplísima producción se adivina un profundo amor –y dolor– por el país en el que le tocó nacer y vivir. Si ha habido una personalidad que haya conocido y amado al Uruguay en su totalidad, en sus cauces más hondos y realistas, ese fue Carlos Maggi. Al analizar, en el momento del adiós definitivo, su obra entera, continúa provocando asombro por su versatilidad y rigor. Escribió sobre Artigas (una monumental obra en ocho volúmenes), sobre Rodó, sobre Rivera, y sobre todas las personalidades que en el ámbito de la cultura, y aún más allá, han influido sobre la evolución del Uruguay. Como si eso fuera poco, escribió libretos de ópera y hasta ganó el Gran Premio del Festival de Bruselas de 1964 con un cortometraje llamado *La raya amarilla*. Sin embargo, cuando decimos que Maggi fue mucho más que un historiador, nos referimos también a su bonhomía, a su simpatía natural y al uso ejemplar del lenguaje, tanto oral como escrito. Nadie que lo haya escuchado podrá olvidar jamás sus intervenciones en *La tertulia*, de El Espectador, donde trabó amistad con todos los que con él la com-

partieron, aunque sus ideas políticas fueran totalmente disímiles. Fue entonces, en esas discusiones mañaneras que dirigía Emiliano Coteló, que tuve el privilegio de conocerlo. Me trataba con respeto y a su vez con un afecto que no puede dejar de emocionarme, pese a que, como ya he señalado, casi no me conocía. Pensaba invitarlo a que fuera el presentador del tomo 2 de mi obra *Doctores*, que está a punto de aparecer; y si no lo hice antes, en la presentación de otros de mis libros, fue porque vivía en un balneario y, a su edad, me parecía impropio que viajara hasta Montevideo para un acto de esas características. Lo voy a echar mucho de menos, desde luego, pero es la sociedad entera la que tiene razones para sentirse acorralada. Ya no tendremos, en vivo, la luz de su pensamiento, su verbo pintoresco y variado; en fin, su magisterio. Tuvo una buena vida, larga y enteramente dueña de sus cualidades, y una buena muerte, porque se lo llevó un infarto inesperado. En ese aspecto, no hay nada que lamentar. Lo que debemos preguntarnos todos, con amargura, es la razón por la cual los hombres del vuelo intelectual y el talento de Carlos Maggi no siguen surgiendo entre nosotros. Estaba casado con la escritora María Inés Silva Vila, y el matrimonio tuvo dos hijos: Ana María y Marco, este último un destacado artista visual. ●



URUGUAY, PAÍS DEL AÑO
PARA THE ECONOMIST

COMO PARA TIRARSE AL RÍO

Si aquí se vive tan confortablemente,
¿por qué la emigración es una de las
mayores tragedias del Uruguay?

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS

linmaica@hotmail.com

U no lee las razones que llevaron a la presuntamente prestigiosa revista británica The Economist a declarar al Uruguay País del Año, y le dan ganas de seguir la recomendación de Enrique Santos Discépolo incluida en la letra del tango *Qué va cha ché*: tirarse al río. Porque si lo mejor que puede decirse de este país es que aprobó una ley de "matrimonio igualitario" que no es ni matrimonio ni igualitario, y que "reguló" el mercado de la marihuana (fue mucho más allá que eso, pero en fin), no parece quedar otra que hacerle caso al inolvidable Discepolín.

No siempre fue así, desde luego; dice el sesudo autor de la crónica de The Economist que la distinción a Uruguay se tomó sin tener en cuenta "aspectos como el desempeño económico o fortaleza de liderazgos mundiales"; chocolate por la noticia.

Pero hubo un tiempo, no demasiado lejano, en que este país se había ganado un lugar de respeto en el concierto de las naciones por su estabilidad democrática, por sus altos niveles educativos, por la seriedad de su política internacional, por el escrupuloso respeto a sus compromisos y por haber construido la sociedad menos desigual de América Latina.

Estos logros se aproximaban al ideal de don José Batlle y Ordóñez, que quería crear en estas lejanas playas un "pequeño país modelo". Lo de ahora pone al lector medianamente informado entre la risa y el llanto. Vamos, por pura benevolencia, a dejar de lado las groseras

falsedades que el artículo que aquí se comenta incluye; ya se hicieron notar en una nota de este mismo diario.

Pero cuando el pseudoperiodista que excretó la nota de marras dice que el presidente José Mujica "vive en una humilde casa de campo, y él mismo va a trabajar en un Volkswagen Escarabajo" (extremos que todos saben que no son ciertos), es imposible tomarse en serio, ni ese texto ni la revista entera.

¿Que Mujica es un hombre modesto? ¿Que elude los fastos propios del cargo que ocupa?

Es verdad, y no es el primero que lo hace en este país. No era necesario, entonces, mentir para subrayar esta virtud, que en todo caso hablaría bien de una persona y no de un país. ¿Cuáles son las demás razones del tan discutible como oscuro galardón?

La nota menciona dos; el llamado "matrimonio igualitario" y la "regulación" del mercado de la marihuana. Estas dos disposiciones habilitan al autor a sostener que el Uruguay es un país "modesto, pero audaz, liberal y amante de la diversión".

Ningún uruguayo que se precie de tal señalaría este último factor como característico de la mentalidad nacional; más bien, todo lo contrario.

Pero da la impresión de que las dos señaladas medidas hacen más fuerza que el pésimo resultado de los estudiantes en las prestigiosas pruebas PISA, que el creciente deterioro de la seguridad pública, que el retroceso drástico de la enseñanza a todos los

niveles, y que la que tal vez sea la razón del artillero; que de este país los muchachos que pueden hacerlo se van, y cuanto más lejos, mejor.

Si aquí se vive tan confortablemente y se aprueban leyes tan "divertidas", ¿por qué la emigración de los ciudadanos en edad reproductiva se ha transformado en una de las más duras tragedias del Uruguay?

Meditar sobre este fenómeno llevaría de la mano a conclusiones antitéticas a aquellas a las que ha arribado la señalada revista.

Expresemos aquí, con toda convicción, el vehemente deseo de que alguna publicación internacional de mayor seriedad que esta revista para viejas con pretensiones liberales (que, mucho me temo, se horrorizarían si cosas similares a las que aquí se alaban se aprobasen en la sociedad en la que habitan) otorgue algún día el título de "país del año" a Uruguay por la estabilidad de su sistema político, por los altos niveles de su enseñanza y su cultura, por la seguridad de su convivencia social, por los buenos resultados de su sistema de salud, por la educación y la amabilidad de su gente; en fin por elementos todos que, en cierta época, sí caracterizaron al Uruguay.

Y, sobre todo, por el logro supremo de haber conseguido que los jóvenes no se vayan a buscar el porvenir a otra parte, que es lo que sucede hoy y que debe ser el factor más elocuente respecto a que se están haciendo las cosas rematadamente mal. ●



ILUSTRACIÓN: N. FERNÁNDEZ



EL PERSONAJE DE LA SEMANA
ANITA EKBERG

LA MUJER DE LA FONTANA DE TREVI

Falleció uno de los sex symbols más importantes de los nacidos en la década de 1940; la escena en la que está bañándose en la fuente es una de las más célebres de la historia cinematográfica

LINCOLN R. MAIZTEGUI CASAS
linmaica@hotmail.com

Mucha gente –especialmente si es joven y no participa de la gran familia de los cinéfilos– se preguntará quién es esta Anita Ekberg que hoy elegimos como personaje de la semana; su deceso, ocurrido el pasado 11 de enero en Rocca di Papa, Italia, pasó casi desapercibido. Y sin embargo, fue uno de los sex symbols más importantes para los que nacimos en torno a la década de 1940. Proveniente de Malmö, Suecia, donde vino al mundo el 22 de septiembre de 1931, se llamaba Anna Marianne Ekberg, e ingresó a la fama a través de los concursos de belleza. A los 19 años fue elegida Miss Suecia, y en tal carácter participó en el concurso Miss Universo de 1950. Pese a que no lo ganó, su despampanante belleza y sus gráciles curvas le abrieron las puertas del cine. Debutó en 1953, en un filme protagonizado por los actores cómicos Bud Abbot (1897-1974) y Lou Costello (1906-1959) y ello dio origen a una carrera que daría mucho que hablar. No fue una gran actriz, en especial si se la compara con otras luminarias procedentes también de las tierras nórdicas, como Greta Garbo (1905-1990, la Divina por antonomasia), o la incomparable Ingrid Bergman (1915-1982); pero tampoco era negada para el arte de la interpretación, y ello le permitió trabajar con los directores más famosos de su época. Al barrer, recuerdo su papel como la princesa Helena Vasilyevna, en *La guerra y la paz*, monumental filme dirigido por el maestro King Vidor (1894-1982), donde le tocó compartir el estrellato con Henry Fonda (1905-1982), Mel Ferrer (1917-2008) y Audrey Hepburn (1929-1993) y no hizo papelones, y, por supuesto, *La dolce vita*, de Federico Fellini (1920-1993), realizada en 1960, una de las más alabadas películas de la historia del cine, donde trabajó junto Marcello Mastroianni (1924-1996) y la francesa Anouk Aimée (1932). La escena en la que aparece bañándose en la fontana de Trevi, en Roma, es una de las más célebres de la historia cinematográfica. Fellini la volvió a escoger (en 1962) para un rol del filme colectivo *Boccaccio 70* (en el que también dirigieron fragmentos nada menos que Mario Monicelli –1915-2010–, Luchino Visconti –1906-1976– y Vittorio de Sica –1901-1974–); va de suyo que semejantes monstruos de la dirección cinemato-



ILUSTRACIÓN: N. FERNÁNDEZ

gráfica no hubieran, por bella y atractiva que fuese, confiado un papel a una nulidad. Empero, en la medida en que su belleza deslumbrante fue mostrando el deterioro inevitable de los años, sus oportunidades de trabajar como actriz fueron decayendo. No se retiró totalmente a la vida privada, como sí hizo la Garbo, y en una fecha tan avanzada como 1996 el español Bigas Luna le confió un rol en la película *Bámbola*. Empero, su fama –inseparable de la opulencia de sus años mozos– fue quedando a un lado hasta prácticamente desaparecer. Anita Ekberg se casó dos veces: la primera en 1956, con el actor británico Anthony Steel (1920-2001), del que se divorció tres años más tarde, y la segunda en 1963 con el estadounidense Rick van Nutter (1929-2005), matrimonio que duró hasta 1975. De ninguno de sus esposos y los múltiples amantes que le adjudicaron con razón o sin ella (entre los que se contaban Gary Cooper, 1901-1962, Frank Sinatra, 1915-

1998, y el propio Marcello Mastroianni) tuvo hijos. Para muchos setentones de la actualidad (y aun para algunos de venida al mundo más reciente) su óbito ha sido un poco un adiós a la pérdida juventud, un recuerdo de las primeras inquietudes sexuales y, en definitiva, una lúcida conciencia de la proximidad de su propio final. Anita Ekberg, esa actriz que los muchachos de hoy en día desconocen casi completamente, fue la generadora de innumerables deseos y sueños de los viejos de la actualidad. Yo creo que hay que recordarla en la plenitud de su belleza, que conmovió a toda una generación a lo largo y ancho del universo. Es un poco como evocarse a uno mismo hace muchos, muchísimos años atrás. Descansa en paz, Anita Ekberg; somos muchos los que, aún en este mundo, recordaremos por siempre tu esplendor y la gloria de tu curvilíneo cuerpo. Algún día, tal vez, en otra vida mejor, nos bañaremos contigo en algo similar la fontana de Trevi. ●

ANDRÉS RICCIARDULLI
especial para *El Observador*

Un documental de 2013, *Trespassing Bergman*, permitía, además de saber lo que pensaban del director sueco colegas como Martin Scorsese, Woody Allen, Michael Haneke o Ridley Scott, observar de cerca la videoteca personal de uno de los directores más grandes que ha dado el cine.

Allí, en los lomos de cientos de VHS, se descubría lo evidente y lo inesperado, el filme clásico y la película insólita: *El pequeño salvaje*, de François Truffaut, y *Cocodrilo Dundee*, de Peter Faiman, conviviendo en mansa armonía en la isla de Farö, donde Ingmar Bergman tenía su casa.

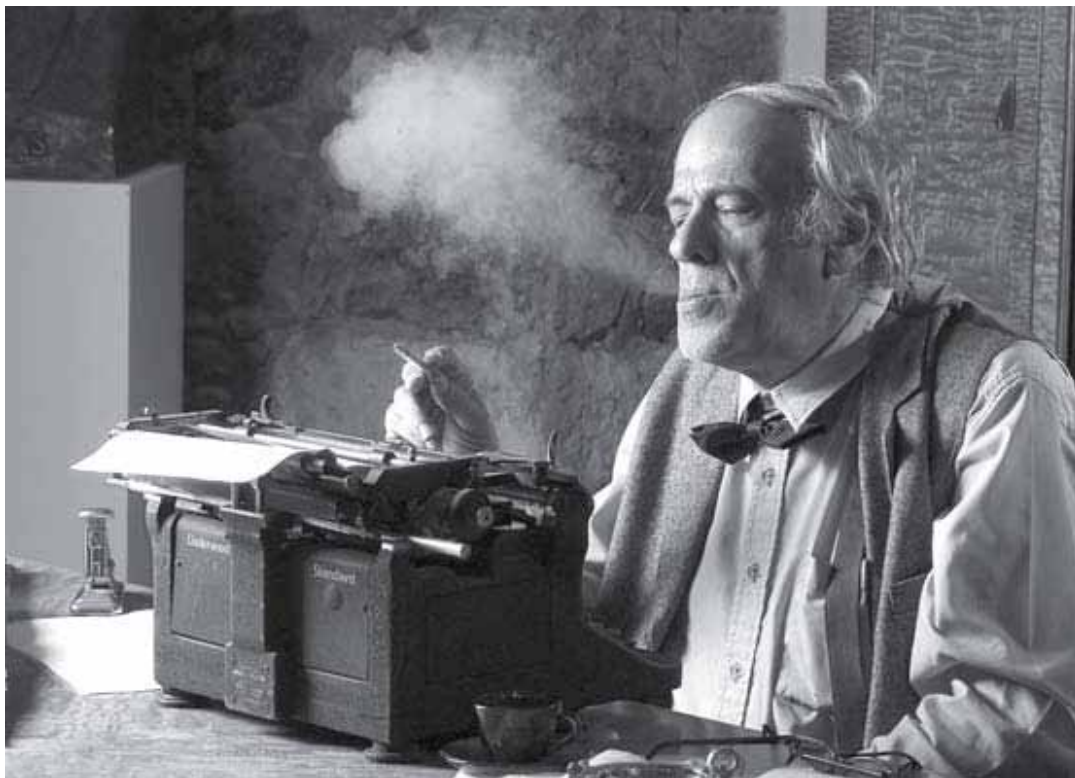
El eclecticismo cinéfilo del hombre que filmó *Cuando huye el día* podría verse como una forma de excentricidad, de tenebroso snobismo nórdico, pero no lo es. Se trata simplemente de la magia del cine. Esa que hace que una película menor tenga un momento sublime, esa que logra que un plano perdido en una película insignificante roce un recuerdo personal del espectador y pase a valer lo mismo que una obra maestra.

En esos gustos personales intransferibles, a veces inexplicables, hurga este libro que a través de 40 entrevistas a políticos, periodistas, artistas, deportistas y profesionales uruguayos, propone un acercamiento al paladar cinematográfico de varias generaciones de compatriotas.

Todos responden el mismo cuestionario que obliga a la respuesta concreta. El primer contacto con el cine (como arte pero también como lugar), un director preferido, un actor inolvidable, una actriz, una película uruguaya, una escena, una banda sonora y un filme por encima de todos.

Hay que señalar que los entrevistados protestan, se quejan, dicen que es muy difícil elegir y hasta no hacen caso y nombran tres en vez de una, pero los autores, implacables, toman la nombrada primero para dar en una ficha los datos exactos de esa cinta indispensable.

Maiztegui agrega a cada



Famosos van al cine

Uruguayos en 8 milímetros, de Daniel Perchman y Lincoln Maiztegui, es un libro entretenido y curioso que reúne entrevistas sobre cine a 40 figuras uruguayas



una de estas películas un apéndice, donde, además de contar brevemente el argumento, suma datos, anécdotas, curiosidades y transcribe frases y diálogos del filme en cuestión, lo que le aporta un condimento especial a todo el trabajo.

En este sentido vale la pena apuntar la frase del director de cine estadounidense Woody Allen para tener una idea del tenor de las citas: "Ayerví El séptimo sello y hoy Gritos y susurros, de Ingmar Bergman. Cuando veo sus películas me pregunto qué estoy haciendo".

Al ser tantos los entrevistados es difícil sacar promedios,

pero al leer resulta evidente que el director más elogiado es el estadounidense John Ford. También que uno de los actores más citados es el inolvidable Alec Guinness. Que a la mayoría le gusta mucho el neorrealismo italiano, con Vittorio De Sica a la cabeza con su *Ladrones de bicicletas*.

Pero también se observan algunas ausencias relevantes. Los uruguayos consultados prácticamente no hablan de la Nouvelle vague ni del cine francés en general, salvo alguna referencia a *Los cuatrocientos golpes* de François Truffaut y a *Un condenado a muerte se escapa*, de Robert Bresson. Apenas se nombra

a Eisenstein y a Tarkovski. Y no hay noticia del cine latinoamericano.

Algunas de las películas preferidas por los entrevistados sorprenderán al lector. Alguien elige a *Doctor Zhivago*, de David Lean, por encima de *Lawrence de Arabia*, del mismo director. Otro se decanta por la trilogía de *El señor de los anillos*. ¿Cuál es la preferida de Julio María Sanguinetti? ¿Cuál la de Danilo Astori?

Todas las respuestas están en este disfrutable libro que conjuga el gusto subjetivo con el rigor científico, la anécdota con el dato, para saber con qué ríen y lloran los uruguayos que aman el cine. ●